



La H.
Inhumana
2800 metros



JAUQUE CATELAIN

E 27



EDICIONES DE
LA NOVELA
SEMANAL
CINEMATOGRAFICA



COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

LA INHUMANA

Según la visión fantástica creada por
«El Mago de la Cinematografía europea»

MARCEL L'HERBIER

Interpretación de JAQUE CATELAIN



PRESENTACIONES DEL



Consorcio Internacional de Explotaciones Cinematográficas

POR CONTRACCIÓN COMERCIAL

C I E C

CENTRAL : ARAGÓN, 231 BIS - BARCELONA

EDICIÓN CINEGRAPHIC DEL CIEC



REFUNDICIÓN ESCRITA EX PROFESO PARA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

POR EL ADAPTADOR LITERARIO DE PELÍCULAS "RENZO"

J. HORTA, impresor - Girona, 11 - BARCELONA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EDICIONES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

GRAN VÍA LAYETANA, 12 - TELÉFONO 4423 A - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

LA INHUMANA

ARGUMENTO DE LA PELICULA



LEMA :

*El que consiga apoderarse de la
fantasia de una mujer, se
adueñará de la mujer misma.*

RENZO

LA CASA

Dominando la vida real de la gran ciudad que alumbra el mundo, serpentea la escabrosa carretera que conduce a una casa misteriosa enclavada en el punto más pintoresco de los alrededores de París. Hemos dicho escabrosa, aun estando primorosamente asfaltada, por las curvas y sorpresas

que su irregularidad ofrece al que, empuñando el volante de un automóvil, se aventura por ella.

La cinta blanca tan pronto se presenta a la derecha como a la izquierda, del conductor, vertiginosa, imprevistamente, y en el fondo del abismo que ribetea, ofrécese la mágica visión del París entero, durmiente... bañado por un surco lleno de plata que la luna arroja a torrentes sobre el plácido Sena.

Son las dos de la madrugada.

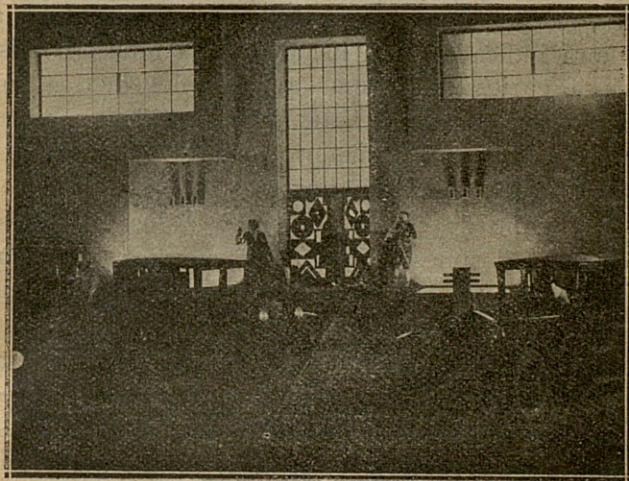
Aquella noche, víspera de su reaparición en un gran teatro de París, una mujer eminentemente extraordinaria, inaccesible a las pasiones y los deseos vulgares, reunía a un grupo de admiradores... espíritus capaces de saborear las originalidades de su ingenio... ¿Quién era esta mujer eminentemente extraordinaria?... Ocupémonos antes de su extraña mansión, donde celebrábase la fiesta que esbozamos.

Su estilo no era ciertamente cubista, pero sí de un modernismo desenfrenado, atrevido, alborotado... A cada lado de la puerta principal, de extraña forma, dos cuadros enormes de cristal, a ras del suelo, lanzaban al aire dos torrentes de luz de color que, antes de perderse en el espacio, iluminaban fantásticamente toda la vistosa y audaz fachada.

Parecía una casa de hadas donde imperase el más

adelantado modernismo con una fastuosidad y riqueza desconcertantes.

Rodeada de un jardín enorme, a su vez circundado por un bosque espesísimo y extenso, nadie que



...iban llegando a la mansión misteriosa varios lujosísimos automóviles...

no estuviera invitado a entrar, podría divisar aquella construcción, invisible a cualquier extraño.

Distaban varios kilómetros sus más próximos vecinos, de los cuales ninguno podía preciarse de haber jamás penetrado en aquella casa. Y natu-

ralmente la fantasía se desbordaba ricamente forjando las hipótesis más audaces, inverosímiles y extraordinarias. Pero nadie sabía nada cierto, a no ser que pertenecía a la artista más famosa del mundo entero.

La noche en que empezamos nuestro relato y a la hora indicada, iban llegando a la mansión misteriosa varios lujosísimos automóviles de los que salían individuos elegantemente vestidos que penetraban con cierto misterio en ella.

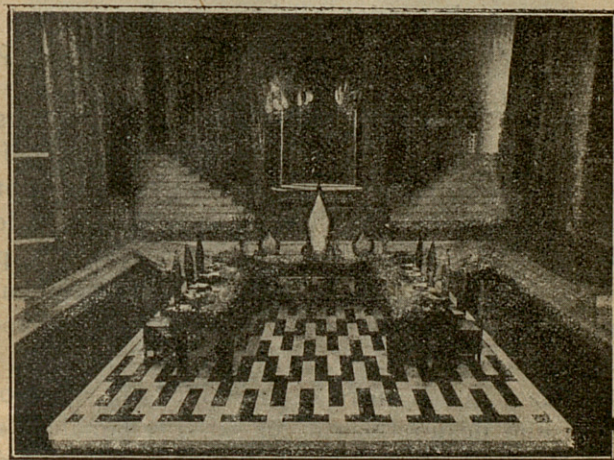
Hagámoslo también nosotros.

Una nube de criados esperaba a los invitados, los cuales, después de pasar por enormes y suntuosísimos salones, desembocaban en una estancia de una gran originalidad.

Aquello no era ni una habitación... parecía una plaza, tan distanciadas hallábanse sus paredes. Mármoles riquísimos y exóticos las cubrían enteramente y sus intersticios eran de oro purísimo que refulgía extrañamente bajo los reflejos multicolores de luces que sin saberse de donde salían alumbraban la sala de un modo misterioso.

Del techo, altísimo, pendían tapices multicolores de una riqueza y gusto excepcionales, y en el centro un pequeño lago sobre cuyas límpidas aguas navegaban displicentemente algunos cisnes. Como si asimismo flotara sobre el agua, una plataforma de mosaicos fantásticos sostenía una mesa enorme

servida ricamente como para un banquete. Se llegaba a ella por medio de una palanca cubierta de plantas extrañas que despedían un olor muy peculiar.



...una plataforma de mosaicos fantásticos sostenía una mesa enorme...

Todos los invitados hablaban animadamente esperando a la dueña de la casa. Comentaban la próxima reaparición en París de la sublime artista y discutían entre sí sobre el valor de los carteles anunciadores de aquella solemnidad, firmados por pintores de vanguardia.

Por obra y gracia de la fantasía de una mujer, quizá demasiado mimada por la gloria y la fortuna, agrupábanse en aquellas veladas de exquisiteces rebuscadas el comerciante poderoso, el académico, el ministro, el literato, el sabio, el clown famoso, el poeta, el boxeador célebre, en fin, cuanto en cualquier plano sobresaliera de la masa, odiada por la artista.

Pero de aquellos hombres de «élite» minuciosamente escogidos, había algunos que sobresalían aún... Shelermann por ejemplo, el coloso empresario neoyorkino. Individuo que tenía «trustados» los más importantes teatros de Norteamérica, poseía una fortuna incalculable y especialmente una influencia sin límites en el mundo artístico de todo el globo.

Había también entre los invitados un sujeto originalísimo de un talento colosal. Le llamaban «El Apóstol», era un teórico «humanitario», un paladín de la «causa de todos». Perseguido como peligroso por sus ideas, había estado varias veces detenido, pero no bien recobraba la libertad, volvía a la carga con un tesón desconcertante.

Distinguíase asimismo un practicante del más extremo despotismo. El Maharadjah, Djorah de Napur, monarca indio de extraordinario poderío, que pasaba una temporada en París, única y exclusivamente para poderse proporcionar el gusto de



Vestía correctísimo frac y cubría su cabeza un rico turbante,

oir a la incommensurable artista en sus próximos conciertos en la capital del mundo.

El primero, el empresario, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, completamente rasurado, afable, simpático y de mirada inteligentísima, a la que imprimía cierto aire burlón el éxito alcanzado en todas sus arriesgadas empresas. De sus ojos manaba ese indescriptible desdén que lanzan en torno de sí los triunfadores. Su tipo, netamente americano, denotaba su nacionalidad a primera vista. Correcto y distinguido, tenía una conversación amena y agradable, furiosamente buscada por las mujeres «chic» y los hombres de talento, que se vanagloriaban de contarle entre los amigos que componían las más elegantes tertulias.

Kranine era de rostro enjuto y mirada torva. Rara vez miraba a la cara, temeroso quizá de que trascendiera al exterior el fuego de la revolución que locamente se agitaba en su cerebro. A primera vista resultaba antipático, pero en cuanto hablaba, no bien había pronunciado dos palabras, cualquiera que le escuchase quedábase ya prendido de sus labios. Su verbo tenía los acentos del inspirado, dominaba a la masa humana a su completo antojo, y su voz cálida convencía de por sí, casi independientemente de sus argumentaciones más o menos absurdas.

Djorah, por su parte, era un tipo interesante.

Alto y bien formado, tenía el aire elegante de los magnates. Vestía correctísimo frac y cubría su cabeza un rico turbante. Su tez algo bronceada imprimía a su rostro la marca del exotismo al que tan aficionadas se muestran las mujeres. Sus ojos brillaban como ascuas y miraba siempre al fondo de los ojos, como si, acostumbrado al mando más absoluto, intentara transmitir su voluntad al propio espíritu.

Era joven. Vestido a la usanza de su país de ensueño, había de parecer sin duda un príncipe de cuento de hadas.

ELLA

De pronto, por una puertecita triangular, empezaron a salir algunos criados que se situaron a ambos lados de la gran arcada del fondo, formando corte de honor. Y unos minutos después describióse el rico damasco, y aparecía entre la admiración de todos los reunidos, la mujer excepcional, la mujer única, la colosal artista, Clara Lescot.

No podemos describir a esta mujer como lo hemos hecho con algunos de los personajes presentados hasta ahora. Clara Lescot es indescriptible.

No es ciertamente una joven... Su edad... es in-

definida. Es una mujer que no triunfa como las demás, es decir, por la fragancia de un cuerpo magnífico. Clara tiene encadenados a cuantos hombres la conocen, con su talento colosal. Su seducción irresistible estriba en su extrema extravagancia. Su suprema coquetería es el desprecio... el desdén.

Demasiado rica, demasiado célebre, demasiado inteligente, demasiado libre... Clara Lescot es una mujer de excepción que se ha hecho a sí misma, sin más defecto quizá que el de haber llegado a los bordes de la exageración.

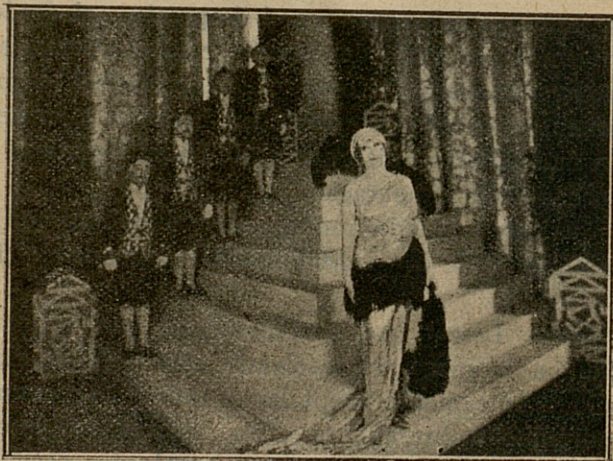
Sus propios admiradores la saludaban con el calificativo de «La Inhumana». ¿Inhumana?... ¿Por qué?

Clara Lescot era sencillamente una refinada. Odiaba la masa, el disolverse. De la humanidad sólo y únicamente aceptaba el individuo y aun el individuo sobresaliente. Era caritativa, buena, servicial y capaz de llegar a cualquier sacrificio por servir al prójimo... pero individualmente.

Si una multitud de hombres se hubiera presentado ante ella pidiendo algo justo, diciendo: ¡queremos!, Clara Lescot se lo hubiera negado desdeñosamente. Pero si uno a uno le hubieran pedido lo mismo, ella se lo hubiera concedido gustosa. Esta manera de ser, propia de los espíritus cuya cultura sobrepasa la generalidad, no era comprendida por todos y por eso le valía el sobrenombre

de Inhumana, que Clara soportaba indulgentemente.

Y sin embargo, nadie como ella poseía el dominio de la masa. Cuando aparecía en el escenario de



Cuando «La Inhumana» apareció en la sala, un murmullo de admiración la saludó.

cualquier teatro del mundo y comenzaba a emitir las notas cálidas de su voz sobrenatural, el público rendíase a sus plantas, la masa estaba a su merced. Quizá por esta misma docilidad la odiaba. El público, el contingente, la colectividad le dió cuanto podía entregar a la artista semidivina; en cambio,

el individuo... ¡Acaso no había logrado aún satisfacer las recónditas esperanzas y deseos de su corazón de mujer!...

En el momento en que hallamos a «La Inhumana» ésta había llegado a un grado de desesperación difícil de definir. El mundo la había dado gloria ilimitada, fortuna incontable, satisfacciones de orgullo... pero... Clara Lescot no era feliz. Sus desdenes eran única y exclusivamente la expresión de sus propios desengaños íntimos... Todo era tal y como se lo había imaginado y lo había gozado con fruición hasta la saciedad... menos el amor.

Por esto había decidido salir de París no bien terminados sus dos únicos conciertos. Deseaba recorrer el globo con su *spleen* incurable, que nada ni nadie podía disipar. Buscaba en el amor la originalidad de su vida toda... y el amor no admite extravagancias en el sentirlo... Y ser amada como tantas otras, le parecía indigno...

La desventurada paseaba por el mundo su calvario envuelta en la aureola de la gloria, de la riqueza y de su propia originalidad.

Entre sus admiradores existía una sorda rivalidad saturada de odio... Aquellos hombres a fuer de dotados de cualidades extraordinarias, amaban del mismo modo a la mujer que conceptuaban UNICA... Porque no buscaban la belleza ni la fragancia, sino LO ORIGINAL.

Cuando «La Inhumana» apareció en la sala, un murmullo de admiración la saludó. De entre los pliegues de seda que cubrían su cuerpo, surgía esplendente y deslumbradora la desnudez de sus hombros exquisitos y su espalda blanquísima. Sus cabellos de oro encuadraban de un modo audaz su rostro de diablesa. Su mirada era una amalgama de finísima amabilidad y altivo desdén... Todos la rodearon mendigando una sonrisa y ella prodigaba sus sonrisas sin dirigirlas a nadie singularmente.

Cuando se vió algo libre de los cumplidos de sus amigos, preguntó con displicencia a uno de sus criados:

—Y el señor Einar... ¿no ha llegado aún?

El siervo repuso negativamente con una inclinación. Su rostro no expresó nada... ¡Su rostro no pudo expresar nada por cuanto era una máscara!... Sí; Clara Lescot opinaba que los criados afean muchas veces con sus caras poco bellas o sus gestos de mal humor el conjunto de la decoración. Les consideraba pura y simplemente como unos objetos de lujo, como unos adornos... y cubría sus cabezas con máscaras siempre risueñas, siempre entonadas con el conjunto.

—Considerar a los hombres como esclavos—le había dicho muchísimas veces Kranine—es ya un

delito horrendo... Convertirlos en simples objetos es... algo que no tiene calificativo.

Pero «La Inhumana» reía a carcajadas y no contestaba.

—Eso es un insulto a la humanidad, Clara...

—¡Oh!... ¿Pero no me llaman acaso ustedes «La Inhumana»?

Y los siervos continuaban ocultando sus rostros bajo las máscaras decorativas.

Cuando por el gesto del criado comprendió que el hombre por el cual había preguntado no se encontraba aún allí, dió imperceptibles muestras de contrariedad; meditó luego un brevísimo instante y agregó imperativamente:

—¡Que sirvan la mesa!

El siervo asintió y «La Inhumana» confundióse entre sus admiradores, que la rodearon como mendigos.

EL

Einar Norsen es el nombre de un joven ingeniero que ha maravillado al mundo con sus inventos sensacionales.

Apasionado de los deportes, su locura son las velocidades inverosímiles; en cuanto empuña el volante de un automóvil, que él ha modificado convenientemente, la distancia no existe para este audaz mecánico. Imagínese el lector a qué marcha recorrería la difícil carretera que unía su laboratorio con la mansión de la artista. Las curvas peligrosísimas que hemos tratado de describir, eran



Einar Norsen es el nombre de un joven ingeniero que ha maravillado al mundo con sus inventos sensacionales.

JAQUE CATELAIN

enfocadas con seguridad de maestro a una velocidad vertiginosa.

Einar estaba enamorado de Clara y llegaba a su invitación con notorio retraso.

El joven no buscaba en aquella mujer excepcional lo que había de hallar en tantas otras. Clara le subyuga, le tiene encadenado, dominado, con sus originalidades, con su talento, con su gloria infinita...

El hombre extraordinario en el mundo de la ciencia es un niño en el amor, y necesita una mujer que le comprenda, que le enloquezca con sensaciones de rebuscada emotividad...

Poco después de haber salido de su misterioso laboratorio, Einar había salvado la enorme distancia que le separaba de la casa de Clara.

Llegaba, como dijimos, enormemente retrasado... y detúvose amilanado en el umbral de la puerta, vacilante, medroso como un pequeñuelo sorprendido en una falta que conceptúa de la mayor gravedad.

En aquel instante Clara se hallaba a la mesa con sus invitados, y acababa de dar la noticia sensacional de que, una vez terminados sus dos conciertos, saldría para un viaje alrededor del mundo cuya duración ni ella misma podía fijar. Naturalmente, aquella nueva llenó de consternación a sus amigos y admiradores, que veían ante sí la triste perspec-

tiva de verse privados por tiempo indefinido de la presencia de la mujer de excepción.

Einar escuchó con sobresalto sus últimas palabras:

—¡Oh!... no existe la menor duda—decía «La Inhumana» con su voz única.—Nada ni nadie podría detenerme... Terminados mis dos conciertos, repito que salgo para un viaje que durará... ¡Dios sabe cuánto!

—¿Nada ni nadie podrá detenerla?—preguntó con intención un *discur* celeberrimo.

—¿Retenerme?—repuso Clara.—...¡Psh!... Es posible... Pero había de ser algo tan *extraordinario*... que ni yo puedo imaginarlo, ni nadie me lo había de ofrecer.

Norsen quedó como extático... En su mente aparecieron con caracteres de fuego las palabras:

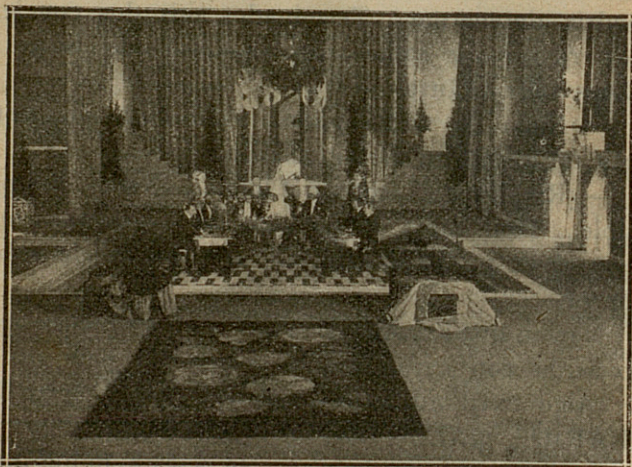
¡Algo extraordinario!... ¡¡ALGO EXTRAORDINARIO!! ¡¡¡ALGO EXTRAORDINARIO!!!...

—¿Pero qué puede ofrecerse a esta mujer hastiada de todo?—se preguntaba martilleando su hermosa cabeza con los puños.—...¿El éxito?... ¿El amor?... ¿Lo imprevisto?... Y dióse una palmada en la frente y murmuró: LO IMPREVISTO... y entró.

En aquel instante Shelermann, preocupado por la próxima desaparición de su admirada, trataba de disuadirla de su propósito, diciéndola:

—¿Un viaje?... ¿Tiempo indefinido?... ¿La vuel-

ta al mundo?... ¡Por Dios, Clara! ¿Qué emociones puede producir en un espíritu escogido tan monótona distracción? ¿Desea algo extraordinario?... ¡Yo, en Norteamérica, el país ya de por sí fantás-



—Muchas gracias. No necesito la ayuda de ningún empresario...

tico, pongo a su disposición todas mis salas de espectáculos!... Conmigo hallará usted medios, no ya de alcanzar triunfos que la costumbre de gozarlos le hace despreciar... sino la consagración propia de los dioses.

Y a continuación expuso con gesto convincente

ante la artista toda la grandeza de su empresa que colocaba a sus pies. Pero «La Inhumana» sonrió y dijo con naturalidad no exenta de cierta ironía:

—Muchas gracias. No necesito la ayuda de ningún empresario. Sólo me interesa lo que yo conquisto por mí misma.

Shelermann se mordió los labios y por sus ojos pasó un instante el brillo del desafío... pero calló.

La cena había terminado. Todos se habían levantado y cada cual trataba de distinguirse con las chispas de su ingenio o la lucidez de su talento.

Clara se había reclinado sobre un montón de sedas, tapices y pieles de valor incalculable. Saboreaba arrobada las delicias de un licor exquisito que le proporcionaba el Maharadjah. Estaba sencillamente deliciosa. Kranine, inquieto por el anuncio de su partida, también tenía algo que proponerla. Acercósele con aire misterioso y, sentándose a su lado, le dijo:

—Y... ¿cuándo piensa usted marcharse?

—Cuanto antes...

—¿Usted cree que hace bien empleando sus formidables energías en un simple viaje de placer?...

—¡Quién sabe!...

—Para una mujer de talento y de acción como usted... defender la «Causa de Todos», las ideas avanzadas... ¡Qué hermoso ideal!

—Pero, ¡por Dios, Kranine!—interrumpió Clara riendo—¿cuando abandonará usted la monomanía de hacer adeptos para sus ideales absurdos y utópicos?



—Y... ¿cuándo piensa usted marcharse?

Ya Kranine había adoptado el gesto del inspirado que tanto predominio le daba sobre sus semejantes. Sin hacer caso de la observación de la artista, continuó:

—Nuestras teorías triunfan en Mongolia... ¡Ima-

gínesse, si puede, cuál sería el papel de una mujer como usted entre aquellos iluminados!...

Y a continuación pintó con voz de convencido, que cautivó a la propia Inhumana, con vivos colores, la futura sociedad tal como él la entendía, sus ideales, sus quimeras...

Sin embargo, Clara le dijo al final de su inspirado discurso:

—¿La sociedad?... ¿la masa?... ¡Me importa poco!... Es más, me es antipática!... Para mí tan sólo cuenta el individuo, y aun el individuo de «élite».

Y se levantó y se alejó, dejando a Kranine perplejo.

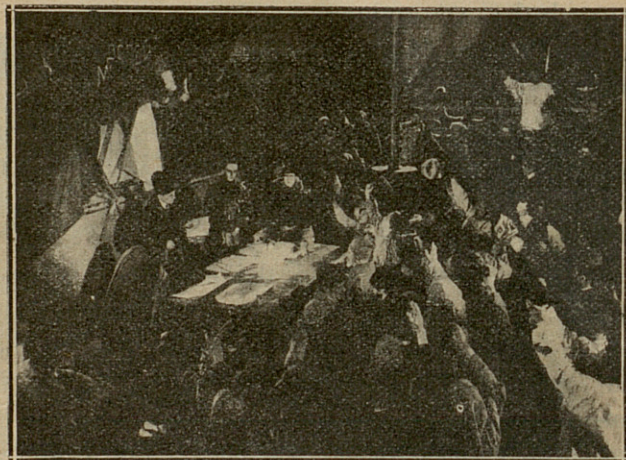
En seguida dió orden de empezar las atracciones con que obsequiaba a sus comensales, e inmediatamente los criados retiraron la enorme mesa y dispusieron la plataforma que parecía flotar sobre el agua del vistoso estanque central, de modo que pudieran ejecutar sus trabajos los artistas.

Einar Norsen habíase al fin decidido a entrar, confundiéndose entre los demás invitados y tratando de pasar inadvertido. De pronto se encontró ante Clara. Esta le saludó con marcado desdén, lo que produjo al ingeniero una impresión penosa.

En la plataforma había aparecido un hombre que, echándose en el suelo sobre las espaldas,

hacía saltar con los pies por el aire un tonel de variados colores.

Todos los asistentes concentraron su atención en aquellos ejercicios... a lo menos aparentemente,



Y a continuación pintó con voz de convencido, con vivos colores, la futura sociedad tal como él la entendía...

pues no eran pocos los que, agitados con violencia por sus propias pasiones, vivían su vida interna afanosamente. Nos referimos a los enamorados de «La Inhumana».

Djorah, a su vez, deseaba formular su propuesta.

Consiguió sentarse al lado de Clara sin llamar la atención, y cuando se hubo convencido de que nadie podía escucharle fuera de la interesada, le dijo quedamente:

—Clara... tiene usted razón. Debe usted marcharse de aquí... Europa, América... Ya nada nuevo han de ofrecerle... en cambio, yo en la India...

—En la India... ¿qué?

—Yo puedo brindarle lo que nunca imaginación de mujer alguna se atrevió a concebir... En el mágico Oriente, mi reino, puedo ofrecerle una corona, la servidumbre de millones de seres... que podremos sacrificar impunemente para nuestros caprichos de refinada crueldad...

—Djorah, calle usted—interrumpió ella soltando la carcajada.—¿Por quién me toma usted?... ¿Cree subyugarme con los placeres fuertes... con el olor de la sangre como a los perros hambrientos?...

—Usted no sabe lo que significa ser reina... ceñir su frente augusta con una corona...

—¿Una corona?... ¡Pero si aun no estoy muerta!... Para ofrecerme esta clase de obsequios máteme antes...

Y se levantó y se alejó riendo, mientras Djorah la contemplaba perplejo...

Einar entretanto seguía agitado como un niño. Al ver que Clara se le acercaba, sintió que una intensa emoción agolpaba la sangre en sus sienes.

Altiya y orgullosa como un pavo real, ella pasó por su lado sin mirarle... Entonces él, con el heroísmo fugaz de los tímidos, la tomó la mano. Clara le contempló extrañada, pero no trató de retirarla. Al contrario, le acompañó hasta el jardín de invierno.

El *Jazz-Band* más infernal que pueda concebirse atronaba el espacio con sus notas estridentes, que acompañaban a las mil maravillas las extrañas piruetas del tonel multicolor.

—¡No quiero que usted se marche!—susurró Einar a los oídos de Clara.

«La Inhumana» fingió no dar importancia a sus palabras, aunque en el fondo de su corazón celebraba las infantiles declaraciones de aquel cerebro tan formidable en la ciencia y tan insignificante en el amor.

—...no quiero que se marche, porque yo...

—No sé por qué se me ocurre comparar el tonel ese—interrumpió Clara señalándole al artista que seguía trabajando en la plataforma—con el corazón de los hombres... siempre a los pies de una mujer que sepa resistírseles con un poco de talento.

Einar la miró estupefacto. En aquel instante el malabarista se retiraba, y entre el ruido de la música inverosímil presentóse en la plataforma un negro de broncea tez acompañado de dos ayudantes. Era un «comedor de fuego». Con agilidad

sorprendente, pasaba sobre su pecho desnudo un tizón encendido, con tal lentitud, que forzosamente le había de quemar. Pero él seguía el aventurado ejercicio con serenidad pasmosa.

El tizón encendido pasaba de su pecho a sus hombros y a su vientre, sin que el negro diera la menor muestra de dolor. No obstante, parecía que el ambiente todo se saturaba de un acre olor de carne ahumada...

Después aspiró con la boca la llama y lentamente la expulsó como si vomitara fuego...

Todos contemplaban el vistoso espectáculo. Einar, tembloroso, pronunciaba palabras de difícil hilvanación...

—...O es usted un monstruo—decía afanosamente a «La Inhumana», que le escuchaba con displicencia,—o a fuerza de jugar con el amor...

—Fíjese, Einar—le interrumpió ella,—vea usted cómo un audaz cualquiera puede jugar impunemente con el propio fuego...

Y el «come fuegos» seguía sus difíciles ejercicios...
—¡Pero Clara!—gritó el joven fuera de sí.—¿Qué clase de ser es usted?... ¡A mí, el químico, el físico, el mecánico acostumbrado a las leyes fatales e inquebrantables de la naturaleza, me desconcierta... me subyuga... ¡Y estoy cansado ya de disputarla a todos!... ¡La necesito... la quiero!—terminó con un enérgico mohín infantil.

—¡Oh, niño... ¡Niño!...—le gritó casi maternalmente «La Inhumana».—He ahí una sensible declaración de amor... propia de un colegial...

—Introducir novedades, extravagancias en la indumentaria—continuó Einar con vehemencia y energía,—en la manera de vivir... bien está. ¡Pero en amor... los sentimientos naturales son siempre los mismos y sus frases exactas e inmutables!... ¡¡Quien quiera sentirlo también originalmente... es un insensato!!

Clara le miró de un modo indefinible, con cierto aire de piedad.

—...¡Y nadie puede ganarme a mí—añadió con igual vehemencia Einar—en ingenio y modernismo!.. Pero siento como un hombre y no como un autó-mata de moda...

Entretanto, la horrisona música del *Jazz-Band*, en un *crescendo* desenfrenado, parecía saturar el ambiente de electricidad. Einar respiraba afanosamente, su cabeza parecía que iba a estallar...

—La amo, Clara—decía con voz sofocada.—No sé decirlo ni sentir de otra manera...

La música ensordecía el espacio ejecutando una frenética danza que el «comedor de fuego» bailaba con gestos de epiléptico...

—¡Clara—gritaba Einar presa del mayor nerviosismo,—sólo puedo afirmarle que si me desdenna, acabaré con mi existencia!!



—La amo, Clara. No sé decirlo ni sentir de otra manera...

Un sonido raro arrancado por un músico estrafalario cruzó el ambiente. Clara sonrió de un modo extraño. Einar esperaba su contestación, dilatadas las narices, inyectados de sangre los ojos. «La Inhumana» dijo con tranquilidad:

—¿Quitarse la vida?... ¿Por un deseo?... ¡Muy poco ha de valer su existencia cuando en tan poco la aprecia!...

Y se separó de Einar.

Al ingeniero parecióle que la tierra se abría a sus pies, que el ruido desacompasado de la música estridente tomaba caracteres de sinfonía infernal, que el «comedor de fuego» engullía llamaradas... y Norsen, el del cerebro equilibradísimo, tuvo un instante de infantil pavor...

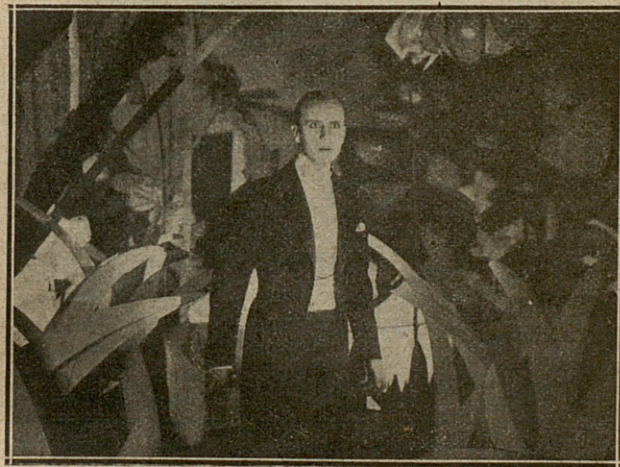
«La Inhumana» había desaparecido de su vista. Estaba hablando con Djorah, al que decía, mientras señalaba al que trabajaba en la plataforma:

—¿Jugar con fuego? ¡Bah!... Fácil entretenimiento para los que saben ser dueños de sus sentidos... ¿No le parece, Djorah?

El reyezuelo indio no contestó, pero la miró de un modo terrible.

Entretanto Einar había caído en un diván como loco. Los hombres de talento excepcional, cuando sufren moralmente, se entregan al desaliento y a la desesperación con mayor ímpetu que los demás. Tenía la cabeza entre las manos, y al descubrir

su rostro vió ante sí la máscara impersonal y característica de los criados de «La Inhumana». El desventurado le presentaba una bandeja, diciéndole con voz extraña, cual si proviniera de una



Al ingeniero parecióle que la tierra se abría a sus pies...

caverna, resultado de hablar dentro de su jaula de cartón:

—De parte de la señora Clara Lescot.

En la bandeja de plata había un objeto pequeño que Norsen tomó nerviosamente. Era un minúsculo y afiladísimo puñal... ¡Un estilete!... ¿Era aque-

lla su contestación?... La ironía mordaz de Clara exasperó al joven genial que, con imaginación de dios, sentía como los hombres... Y los celos, el despecho, los espectáculos fuertes, el ruido infernal del *Jazz* inverosímil, la decoración desconcertante... le ponían nervioso, le enloquecían... Estaba pálido. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente... ¡Qué sarcasmo... qué burla!... ¡Mandarle un puñal como respuesta al grito de desesperación salido de su corazón!!...

«Muy poco ha de valer su existencia cuando en tan poco la aprecia»... Las mordaces palabras de «La Inhumana» golpeaban su cerebro cruelmente...

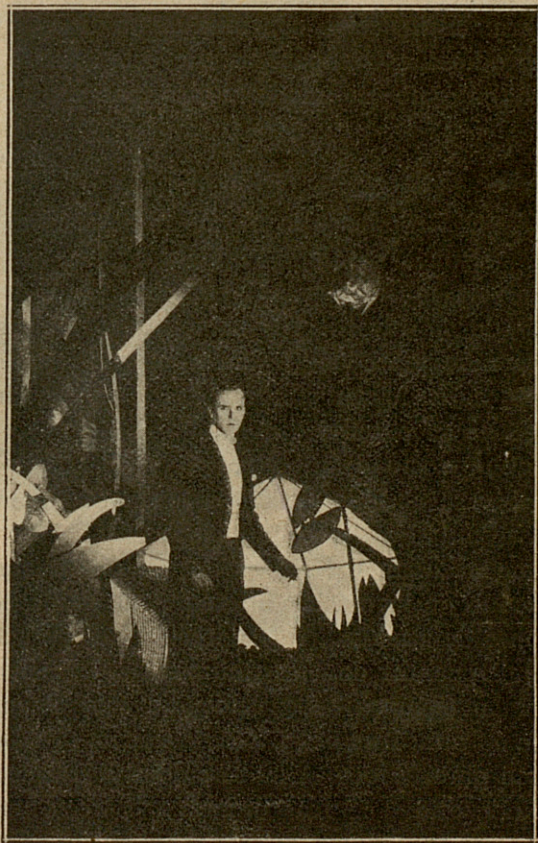
Tomó de una pequeña mesita cercana una revista, y en su ancho margen escribió agitado con su diminuto lápiz de oro:

«Su modernismo, sus extravagancias estúpidas, la impiden por «pose» sentir como las demás mujeres...

«Tuve la desgracia de amarla... pagaré mi error con la vida.»

Y firmó con mano temblorosa: «EINAR».

Un criado recibió el encargo de llevar aquel pedazo de papel a Clara; pero no bien se hubo alejado, Einar extrajo de su bolsillo un bloc diminuto, en una de cuyas hojas escribió:



Las mordaces palabras de «La Inhumana» golpeaban su cerebro cruelmente...

«Clara: Esta ficción continua de su vida artificial me es odiosa... Desapareceré de este mundo anti-pático enfermo de modernismo morbosos.

EINAR».

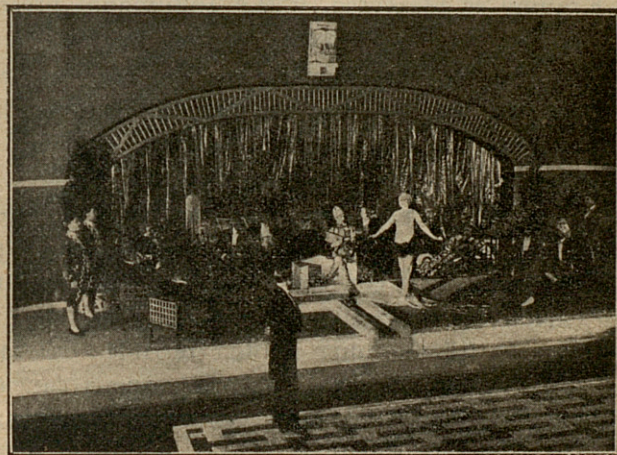
Y dió a otro siervo la misma orden que al anterior... Después se alejó tambaleándose. En aquel instante la música parecía haber llegado al paroxismo de su furor... El «come fuego» se agitaba desesperadamente en su danza extravagante.

Salió de aquella mansión y saltó maquinalmente dentro de su potente coche.

A una velocidad fantástica serpenteaba el abismo que abríase al lado de la tortuosa carretera, con una serenidad y seguridad pasmosas... Pero siempre machacaban los pulsos del mecánico audaz el estruendo de la música infernal... el clamor de las pasiones desatadas... Y le parecía estar escuchando el irónico cantar de «La Inhumana»... y aceleraba... aceleraba siempre... La velocidad que alcanzó no la igualó nunca nadie... ¡Y cada vez más de prisa!... Norsen parecía loco. A su serenidad había sucedido una nervosidad extraordinaria... Parecía embriagarse con la rapidez inalcanzable... y aceleraba... aceleraba aún más y más...

Entretanto, «La Inhumana», rodeada de sus admiradores, cantaba al son de un laúd, con su voz

de diosa... Habíanse terminado las «atracciones», y la divina artista proporcionaba con su canto exquisito, a sus invitados, momentos de inefable placer...



...y la divina artista proporcionaba con su canto exquisito, a sus invitados, momentos de inefable placer...

Y el auto de Einar, como una tromba, corría furiosamente...

Cuando Clara hubo terminado su canción, dos criados se le acercaron. Recogió de las bandejas el trozo de revista y la hojita del bloc de Einar,

leyó rápidamente su contenido y, sin inmutarse, inquirió:

—Después de entregarles estos papeluchos... ¿qué ha hecho el señor Norsen?

—Ha partido nerviosísimo en su automóvil.

Kranine se le acercó, y «La Inhumana» preséntole lo escrito por el joven ingeniero, diciendo:

—Einar Norsen tiene demasiado talento para quitarse la vida tan torpemente... Por lo demás, no he notado en su rostro el menor síntoma de nerviosidad...

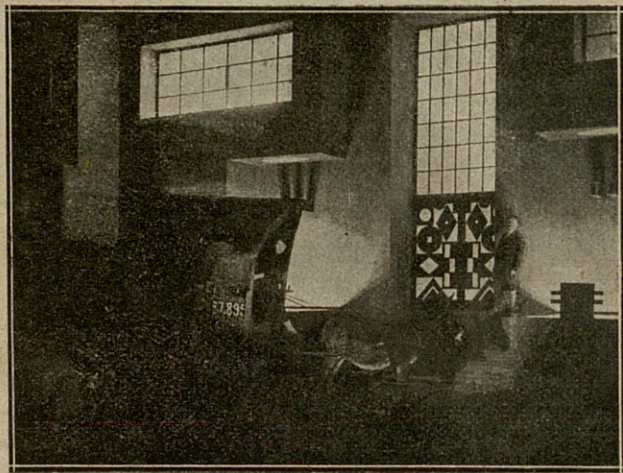
—A veces—repuso Kranine con la peor intención—no se permite a los rostros expresar lo que el alma siente—y con un gesto señalaba las caras de cartón de los criados.

Clara le fulminó una mirada terrible... El laúd atacaba las primeras notas de una nueva canción. Ella transfiguróse, y otra vez su voz purísima surcó el espacio con efluvios de armonía.

LA CATÁSTROFE

Una muchacha vestida con harapos llamó a la puerta de la rica mansión de «La Inhumana». Los criados la conocían. Era la hija única de una buena anciana que poseía una modesta granja en los alrededores. Se llamaba Rosita. Siempre que oía hablar de la casa de Clara Lescot, sentía un sobrecogimiento de admiración. Estaba absolutamente convencida de que Clara debía de ser un hada o por lo menos un genio encarnado en un cuerpo de mujer. ¡Se contaban tantas cosas de ella y de su extraña mansión!

Aquella noche con su carrito cargado de envases llenos de leche, Rosita volvía de los «halles» donde había adquirido su mercancía y dirigíase a su casucha como de costumbre. Mientras con el paso



Rosita llegó ante la puerta de «La Inhumana»...

lento de su borriquillo iba ascendiendo por la serpenteante carretera, llamóle la atención la rápida aparición de dos ojos luminosísimos que desaparecían con idéntica rapidez...

Rosita llegó ante la puerta de «La Inhumana»

dando muestras de la mayor nerviosidad... Algunas veces Clara se había cruzado con ella, la artista en su fantástico automóvil y la jovencita en su modesto carrito... Y siempre la había saludado... algunas veces incluso con la mano... Rosita le era simpática, y desde luego, Clara, se le antojaba a la pequeña algo así como una diosa.

Nunca se había atrevido a penetrar en su casa... Sin embargo, aquella noche se decidió a hacerlo.

Los criados, que conocían la simpatía que sentía por ella su altiva señora, no pusieron obstáculo a su entrada... y así Rosita apareció en el gran salón modernísimo en el preciso instante en que la excelsa acababa de lanzar al aire las últimas notas de la sutil cadencia...

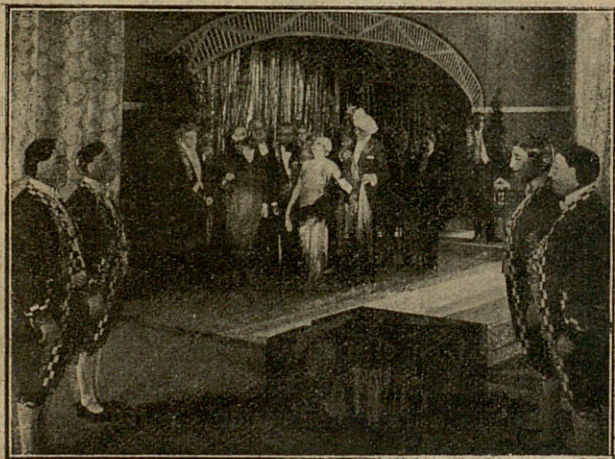
Cuando vió en el umbral de la puerta a Rosita, muerta al parecer de admiración por no decir de miedo, corrió a ella prodigándole caricias y alentándola con palabras amables; pero Rosita permanecía muda mirando con ojos atónitos cuanto la rodeaba...

De pronto lanzó un agudo grito, apoyó su cabeza en el pecho desnudo de «La Inhumana»... y estalló en llanto convulso, gritando:

—¡Horrible... Horrible!

Y empezó a describir con voz entrecortada, entre la sorpresa y el ansia de los oyentes, el terrible drama que había presenciado,

Ya sabemos en qué estado de ánimo se hallaba Einar Norsen. Su coche o corría, volaba, parecía una exhalación... De pronto—y en este momento de su relato la muchacha cubrióse el rostro



...En vano intentaba ponerse el suntuoso abrigo de pieles que le ofrecía un criado...

con las dos manos—Rosita pudo ver, al pálido turgor de los albores matinales, cómo el coche fantástico se lanzaba al espacio y caía estrepitosamente al río... Después nada... el silencio más absoluto... Y Rosita sintió mucho miedo, y sacando fuerzas

de flaqueza, supo encontrar valor para ir a contarle a «La Inhumana»... Pues todos los automóviles que pasaban por aquella carretera salían o se dirigían a su casa...

Clara sintió que la sangre se le helaba en las venas no bien hubo terminado la muchacha su impresionante relato. No cabía la menor duda: Einar se había suicidado. Todos los demás oyentes quedaron consternados, y hubo un momento de confusión. Cada cual daba sus impresiones, sus consejos; otros intentaban organizar un verosímil salvamento... Y todos corrían como locos y, saliendo al exterior, saltaban sobre sus coches y se encaminaban hacia el lugar de la catástrofe.

Clara temblaba como una niña.. En vano intentaba ponerse el suntuoso abrigo de pieles que le ofrecía un criado.. Djorah y Kranine estaban a su lado... La recibieron en sus brazos, desmayada.

BORRASCA

Vanas fueron las pesquisas efectuadas febrilmente... El cuerpo del infortunado ingeniero había desaparecido bajo las aguas. No muy lejos del lugar del accidente encontráronse restos del vehículo, pero del cadáver no fué posible descubrir el menor indicio... El automóvil se había precipitado al abismo desde una altura de unos trescientos metros...

«La Inhumana», por vez primera pasó una noche en vela, ansiosa por lo que hubiera podido ocurrir a un hombre que la cortejaba, es decir, a un hombre

por el que no solía preocuparse lo más mínimo.

Ella era capaz de concebir simpatía y hasta admiración por alguien, pero en cuanto este alguien se enamoraba de ella, parecía que, como por encanto, perdía todo su favor. Al hombre que la codiciaba lo consideraba en cierto modo como a un enemigo, mejor dicho, como a un obstáculo que hay que vencer...

Pero Einar... ¿había logrado impresionarle?... ¡Quién sabe!... Su propia infantilidad, su talento, su última tragedia... Sin embargo...

En el teatro de los Campos Elíseos se notaba enorme efervescencia. Habían aparecido los cartelles anunciando la próxima aparición de la cantatriz excelsa, al mismo tiempo que la prensa daba cuenta del suicidio de Norsen por no verse correspondido en su amor... Y los transeuntes que se habían apasionado por lo uno y por lo otro, exclamaban:

—¡Oh!... Seguramente la Lescot no cantará...
¡Después del suicidio de Norsen!...

Podría parecer extraño que el público con rara unanimidad prohiriera semejante exclamación. Para ello es menester que demos cuenta de cierta escena importantísima que aquella madrugada había desarrollado.

Cuando Kranine se enteró de la irreparable desaparición del ilustre ingeniero, sintió no ya despecho, que no podía sentirlo por cuanto íntimamente

se alegraba de su muerte... ¿No era acaso un rival? Pero el odio que sentía por «La Inhumana» desde que había despreciado su amor, se acrecentó enormemente al ver los estragos que producían los desdenes de la artista... Y concibió una idea infernal...

Los que profesaban ideas idénticas a las de Kranine se reunían cada madrugada en un punto determinado. Allí se debatían las más espinosas cuestiones, se fraguaban huelgas y atentados y se echaba leña a la pira para acrecentar la llamarada del odio contra quienquiera que fuera que no pensara como ellos.

Kranine era uno de los cabecillas más admirado y considerado. En cuanto él entró, la numerosa concurrencia que desde hacía una media hora casi llenaba el local, conmovióse y dispúsose a escuchar algo importante.

—Un hombre utilísimo a la sociedad se ha dado muerte por una mujer pretenciosa y extravagante —empezó diciendo con su voz pausada, lenta, suave y enérgica, que tantos éxitos le había dado sobre la masa.—Esta mujer la conocéis—continuó.—Os he hablado varias veces de ella.. Es Clara Lescot, la audaz que se vanagloria de que la llamen «La Inhumana».

Todos los oyentes profirieron un contenido rugido de indignación.

—Y... ahí veis a esa mujer orgullosa—prosiguió el Apóstol—riéndose de lo que aflige al mundo... Os he hablado varias veces de ella para ponérsela como ejemplo o prototipo de los seres que son diametralmente opuestos a nuestra causa... Ahora debo hacerlo nuevamente por circunstancias bien trágicas.

A continuación, con verbo elocuente e inspirado, expuso a la asamblea la pérdida que significaba para la humanidad la muerte de un talento creador como el de Einar Norsen.

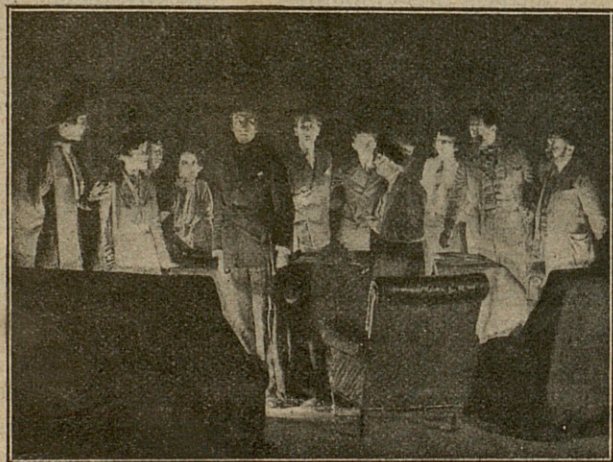
—Los inventores son de la humanidad, nos pertenecen a todos... ¡Ni ellos mismos se pertenecen! —gritaba como iluminado entre los murmullos de admiración de cuantos le escuchaban.

Luego recordó todos los sarcasmos de «La Inhumana», los desprecios, las burlas de aquella mujer hacia cuanto significara idea avanzada o derecho de la humanidad considerada como un conglomerado de seres pensantes y conscientes. Hablaba de ella sin darse cuenta para proporcionarse una satisfacción personal, dando suelta al virus que le corroía... Y los demás debían odiar lo que él odiaba y sentir lo que él sentía... porque eran una masa consciente...

—Esta mujer indigna—prosiguió—lanzaré esta noche al mundo su supremo sarcasmo, cantando

como si nada hubiese ocurrido... como si de nada fuera culpable...

Callóse unos instantes y añadió con redoblada energía:



—¡Castiguemos a esa altiva criatura!...

—¡Castiguemos a esa altiva criatura!... ¡Acudamos esta noche a su presentación, inundemos su gloria, pisoteemos su amor propio... humillemos al monstruo!... Ved, compañeros, a esa mujer estrafalaria, cubriendo con máscaras impersonales los rostros de su criados... «¡Objetos de lujo!», dice...

Y a los genios los induce al suicidio con malas artes de mujerzuela...

Una salva de aplausos coronó su bien redondeada frase... Pero él la apagó con gesto enérgico... No convenía hacer ruido por muy ocultos que estuvieran en su misterioso punto de reunión... Podía trascender al exterior...

Kranine sacó de su bolsillo un paquete. De él extrajo varios tacos de localidades. Eran butacas, palcos y entradas del teatro de los Campos Elíseos. Aquel hombre extraño poseía un gran poder y la rara habilidad de tener siempre a mano lo que deseaba por difícil que fuera...

—Ahí tenéis localidades para esta noche—dijo, mientras repartía a granel papelitos verdes y amarillos que entregaba, como si no se fijase, muy cuidadosamente a cada uno de sus oyentes según su tipo o manera de vestir para que ocupara una u otra localidad.—¡Que nadie falte... se trata de destruir a una enemiga de la Humanidad!...

EL REVUELO

Algunos diarios de la mañana publicaron la siguiente información:

«Los rebuscados, los enfermos de modernismo, también tienen sus quebrantos, a pesar de querer vivir en un plano superior a los demás hombres.

»Einar Norsen, el joven y prodigioso ingeniero, se ha suicidado al no verse correspondido en su amor por la celeberrima Clara Lescot. Inútil añadir que, debido a ello, suspenderá sin duda esta noche su anunciada presentación.»

Y a este tenor, todos los diarios daban nota de

la noticia, añadiendo el comentario intencionado y mordaz.

Si bien esta campaña produjo un efecto enorme en París, había un hombre que sintió una brutal sacudida cuando pasó sus ojos ávidos por las columnas de su diario. Nos referimos al empresario de los Campos Elíseos. Miró impaciente su reloj; eran las ocho de la mañana. Imposible importunar a Clara a tan intempestiva hora.

Por fin dieron las diez y telefonó a la artista.

—Sí... Clara Lescot... ¿Quién?... ¿Empresario del teatro?... Diga.

—Oiga, Clara... Corren rumores de que no piensa usted cantar esta noche...

—¿Cómo?...

—Sí... por sentimentalismos de colegiala... ¡Oh!... no es posible, ¿verdad?... ¡Usted, la mujer excepcional que vuela mucho más alto que las pasiones humanas!

«La Inhumana» no contestó. Por primera vez en su vida, vaciló unos instantes... Pero... «sentimentalismos de colegiala»... ¡La frase del empresario había arañado la llaga del orgullo!... Y dijo:

—Esta noche Clara Lescot cantará en los Campos Elíseos.

Y colgó el auricular nerviosamente.

A medida que la mañana avanzaba, eran mayores

los efectos surtidos por la hábil campaña de Kra-nine.

«Los estragos de las extravagantes.»

»Deberían perseguirse estas mujeres de «excepción» como víboras que diezman la sociedad.

»El joven y célebre ingeniero Norsen se suicida intoxicado por las perfidias de «La Inhumana», Clara Lescot. Esta artista, cínica y demoledora, a pesar de ser causa de tal desgracia, tendrá la desfachatez de cantar esta noche en los Campos Elíseos.»

Esto decía uno de tantos periódicos que, al caer en manos de sus lectores habituales, provocaba la consiguiente indignación.

—¡Qué escándalo!—decía una mujer a su esposo.
—Yo te aseguro que por poco que se descuide esta noche...


Otro diario publicaba en gran tamaño el retrato de Norsen con el epígrafe *La víctima*:

«Y ha muerto un hombre de talento que podía rendir mucho a la sociedad. Y Clara Lescot, la causante de la desgracia, cantará descaradamente esta noche sin sombra de respeto para su víctima.»

Y era un diario popular que, leído en todos los mercados por los humildes, hacía exclamar:

—¡Qué lástima de joven, tan guapo y simpático!... ¡Vaya una mujer sin entrañas!

—Esta noche—gesticulaba una mujer en un corro que comentaba apasionadamente el suceso—precisamente, voy con Juan a oirla... ¡Y a la primera ocasión que dé de meternos con ella...



EL ESCÁNDALO

Y llegó la noche... y en el teatro, mucho antes de la representación, el público entraba a borbotones, agitado, atraído por el probable escándalo, por el posible drama... ¡Las grandes atracciones de la masa!

Escuchemos una conversación al azar, entre las miles que se cruzaban por el estilo:

—Parece que esta noche—decía una señora a su compañera—disfrutaremos sin aumento de precio de un espectáculo imprevisto... ¡Y esta Clara

Lescot se lo tendrá merecido!... Dicen que ha dado muerte a un joven muy simpático...

Y la sala iba llenándose por momentos... y aumentaba el murmullo hostil del monstruo que olfatea la presa.

Mientras, la artista, sin más armas que su arte exquisito, aprestábase a desafiar sus iras.

Clara estaba muy emocionada. Sabía qué clase de lucha iba a sostener contra un público tan dócil de costumbre que no podía acertar a comprender quien lo había agitado de aquel modo. Conocía la efervescencia que reinaba... ¿Quién podía haberla producido?

La artista se «maquillaba» serenamente al parecer, pero su corazón palpitaba como nunca. No era tan sólo la inminencia del peligro lo que la excitaba... Era la causa que motivaba la actitud del público.

Su espíritu estaba de luto, y su «YO» la susurraba constantemente:

«¿Por qué vas a cantar esta noche cuando EL ha muerto por tu causa?»

Y dió comienzo el espectáculo con la sala casi repleta... El público estaba inquieto. Esperaba algo. En el escenario aparecieron una turba de danzarines que interpretaron el «ballet» más vistoso que imaginarse pueda. Los espectadores, sin embargo, parecían distraídos; no seguían su des-

arrollo con la complaciente atención de otras veces.

En un palco, sereno como una esfinge, destacábase la silueta intrigante del joven monarca indio Djorah... Kranine se encontraba mezclado entre el público de platea. Todos los admiradores y amigos de «La Inhumana» hallábanse congregados allí, inquietos, temerosos...

El público seguía acudiendo. Ya no cabía ni una persona más... y el torrente humano que llegaba no se secaba aún... Siempre gente y más gente.

Se notaba, se sentía esa atmósfera electrizante de que se satura un teatro cuando está lleno a rebotar. Son los momentos de los grandes éxitos o de los fracasos retumbantes. Cada uno de nosotros siente hormigüear cierta intranquilidad...

Terminado el «ballet», la sala ofrecía un aspecto tanto más imponente cuanto que bien claro se veía flotar en el ambiente la enemiga provocada por la campaña habilísima de Kranine.

Breve fué el intermedio... Se esperaba con impaciencia la víctima... Sonaron los timbres de aviso... las candilejas se encendieron, el director de orquesta levantó los brazos... reinó un silencio absoluto... mucho más terrible y amenazador que el anterior murmullo... Y descorriéronse indiferentemente las lujosas cortinas entre una expectación enorme, palpitando todos los corazones más violentamente que de costumbre... y apareció la artista en escena.

Clara Lescot estaba insuperable. Su silueta altiva y desdeñosa ataviada de negro, deslumbrantes sus hombros desnudos, parecía una estatua... la estatua del desafío, del reto... Miraba al monstruo que ante ella se agitaba, como el domador a sus leones cuyas caricias ha recogido tantas veces de sus fauces amenazadoras...

Entonces Kranine se puso a la obra. Cruzó de pronto el espacio un estridente silbido... «Era la señal». Miles de labios se adhirieron a la hostil manifestación... y bien pronto el imponente y lujoso teatro convirtiéndose en algo parecido al antro satánico que Milton nos describe en su *Paraíso perdido*. Parecía en efecto una asamblea de serpientes y dragones que no pudieran emitir más sonidos que el del silbido molesto y bochornoso... Y resonaron enérgicos gritos de:

—¡Fuera!... ¡Fuera!!

—¡¡Fuera!!!... ¡¡A la calle!!

Djorah, con el busto fuera del palco, miraba a la masa con ojos terribles, cual si como en su reino, una sola mirada suya la hubiera de hacer temblar. Y gritaba a su vez con voz estentórea:

—¡Callarse!

—¡Que se retire!... ¡Abajo «La Inhumana»!

Y ya todo el mundo había tomado parte en el fenomenal escándalo y ensordecían la sala los

clamores del más desconcertante barullo y los gritos repetidos de:

—¡Acuérdate de Einar Norsen!...

—¡Fuera «La Inhumana!»

—¡¡Fuera... Fuera... A la calle!!

—¡Silencio, salvajes!—aulló Djorah.

Y el formidable griterío amenazaba degenerar en tumulto...

—¡Fuera!

—¡Callarse, energúmenos!

El director de la orquesta miraba al público estupefacto. El espectáculo que a sus ojos se ofrecía era verdaderamente gigantesco e imponente. Más de cuatro mil personas, gesticulando, peleándose, agitándose, gritando con ahinco, casi con furor... Parecía la sala un enorme hervidero humano.

Y en las tablas, inmóvil como un mármol, Clara Lescot lo arrostraba todo sin pestañear siquiera, impávida, con una expresión en el rostro de desdén indescriptible. Sus ojos centelleaban... Cuando más enorme era el griterío, y ya los espectadores francamente divididos en dos bandos empezaban a llegar a las manos entre sí, Clara Lescot hizo un signo al director de orquesta, y la orquesta atacó, y «La Inhumana» dispúsose a empezar.

En aquel instante arreció el escándalo, y más estentórea resonó en el espacio la horrible amalgama de gritos roncós y estridentes silbidos.

Pero vino pujante la reacción franca y decidida. Los aplausos ya ahogaban las contrarias manifestaciones. La artista sonrió con aire de triunfo, respiró con vehemencia, pareció transfigurarse y resueltamente atacó.

Iba acallándose impotente la oposición... vibraba sublime, divina, la hipnotizante voz de la diosa... Y surgió el triunfo trepidante y espléndido... El monstruo, reducido, depositaba a los pies de la excelsa un torrente de aplausos.

¡El arte había triunfado!... ¿Qué importaba la mujer?... Y el público, y sus propios enemigos rindiéronse a la artista.

Una lluvia de flores cayó a los pies de Clara Lescot, que, emocionada, recibía, no sin cierto dejo de altivo triunfo, el homenaje de aquellos que tan hostiles se habían mostrado...

Al día siguiente, en París, y más tarde en el mundo entero, no se hablaba más que del incidente de los Campos Elíseos, y del triunfo imponente de la artista celebrísima.

EL MUERTO

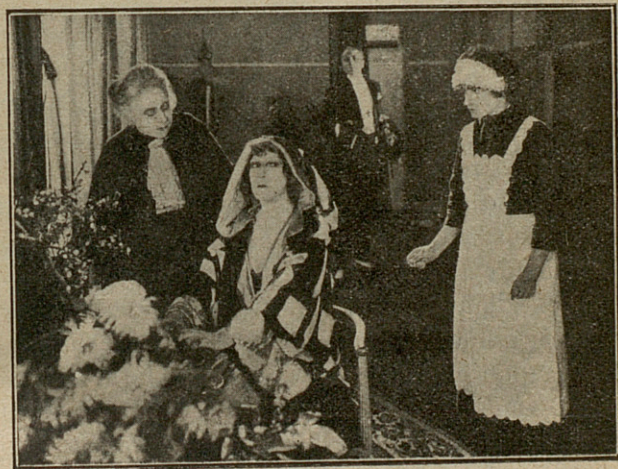
Si enorme había sido el triunfo, gigantesco fué el esfuerzo... Clara Lescot había quedado casi exhausta, no tanto por la escena en sí, como por la causa que la había motivado... ¡La muerte de Einar Norsen!

Mucho después de la borrascosa representación, Clara aun permanecía en su camerino, con los ojos fijos en un punto indefinido del espacio.

Llamaron a la puerta. Era Djorah que deseaba saludarla.

—Hoy no recibo a nadie—dijo malhumorada Clara Lescot.

La doncella apresuróse a transmitir la desabrida contestación, convenientemente dulcificada, pero



—¡No hay Maharadjah que valga!... ¡He dicho que esta noche no recibo a nadie!

en todo caso negativa. Djorah tuvo un gesto de rebelión y preguntó con cierto retintín:

—¿Le ha dicho que se trataba del Maharadjah de Napur?

La muchacha, intimidada, volvió al lado de su

dueña, portadora de la insistencia del elevado visitante. Y ella dijo nuevamente con enfado:

—¡No hay Maharadjah que valga!... ¡He dicho que esta noche no recibo a nadie!—Y levantando la voz para que Djorah la oyera, repitió: *¡absolutamente a nadie!*

El indio mordióse los labios y se retiró. De pronto se detuvo... Había observado que un individuo llamaba a la puerta del camerino, y quiso saber si, verdaderamente, Clara «no recibía a nadie» o si no quería «recibirle a él».

El nuevo visitante era, si no vulgar, poco extraordinario. Era el prototipo del empleado adicto, del hombre talentoso, de estudio...

Había llamado tímidamente.

—La señorita no recibe esta noche a nadie—le dijo la doncella casi sin dejarle hablar...

—Es que no insisto en que se me reciba a mí... sino a quien viene a darle noticias de Einar Norsen.

Al escuchar este nombre, la doncella quedó consternada, y, sin contestarle, corrió al lado de «La Inhumana», se le acercó al oído y vertió con misterio:

—Dice que desea hablar de Einar Norsen.

La dama de compañía de la artista repitió como un eco con voz lúgubre:

—De Einar Norsen...

Y a su vez Clara:

—...de Einar Norsen...

El extraño visitante entró.

—Señora, deseo hablarle, y no aquí ciertamente, de Einar Norsen.

—Aguarde en el salón de espera del primer piso del teatro.

El hombre misterioso se retiró.

Cuando Djorah le vió salir de donde no se le había querido a él franquear la entrada, tuvo un gesto de indignación, dió un trabajoso suspiro, y apretando los puños se alejó.

Un cuarto de hora después, «La Inhumana», temblorosa y agitada, presentábase en el vasto salón, únicamente iluminado por el resplandor que penetraba de los amplios corredores a través de la gigantesca vidriera. Las personas, al reflejarse en sus cristales, tomaban las formas fantásticas de sus sombras... En un rincón, esperaba el que venía de parte de Einar.

En cuanto vió que ella se le acercaba, levantóse presuroso y, saludándola respetuosamente, esperó su venia para empezar a hablar como si se dirigiera a una reina.

—Le escucho—dijo Clara impaciente.

—Yo era el director de los laboratorios de aquel genio que se llamó Einar Norsen... Era más, su compañero... ¡su amigo!...

Su voz se hizo temblorosa, como si no pudiera

pasar a través de las lágrimas que anudaban su garganta...

Clara a su vez estaba emocionadísima...

—Mis hombres—prosiguió su interlocutor al cabo de unos instantes de silencio—acaban de encontrar su cadáver... ¡horriblemente mutilado!

A estas palabras, ella no pudo contenerse y estalló en francos sollozos.

—Es necesario que dos testigos identifiquen su cadáver—concluyó.—Como si apadrinásemos una macabra solemnidad... usted y yo somos los más indicados, señora...

Un imperceptible temblor agitaba el cuerpo de «La Inhumana». Le miró fijamente... después desvió los ojos, que clavó en la sombra... Reflexionó unos instantes y dijo resueltamente:

—...Mañana, a las siete; venga a buscarme a mi casa.

Y se despidió.

MISTERIO

«La Inhumana» esperó ansiosa la hora de la cita... Durante toda la noche había tenido fija en su imaginación la mutilada faz de Einar Norsen... del único hombre que la había interesado. ¡Ah, cómo maldecía su crueldad para con él!... Sus prejuicios ridículos, su orgullo torpe, su vanidad insensata la habían impulsado a refrenar los dictados de su propio corazón... y murió el hombre que... ¡amaba! ¿a qué ocultarlo?

A las siete en punto un automóvil interminable detúvose ante la verja de su jardín... Pocos minutos

después Clara se encontraba en el fondo del coche; al lado del fiel amigo de Norsen.

Y empezó una carrera vertiginosa, sin que ella, absorta en sus tristes pensamientos, lo notase. No pronunció una palabra. Su acompañante tampoco. La artista parecía ensimismada, mientras el rauda vehículo dirigíase al fantástico laboratorio del ingeniero famoso que había maravillado al mundo.

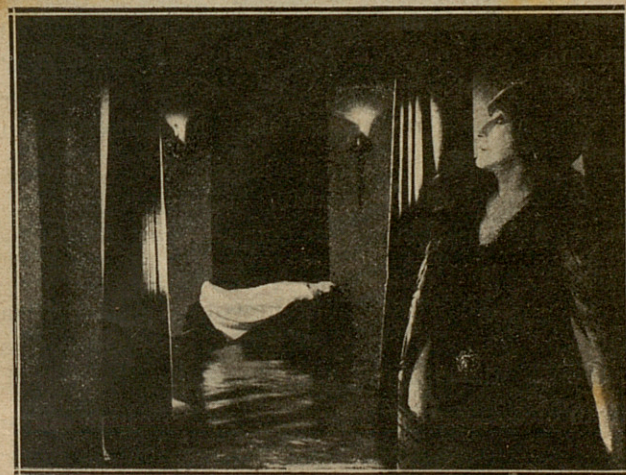
Habrían recorrido unos cien kilómetros. El coche detúvose ante una puertecilla de un edificio enorme. El estilo de la construcción era original. Seguramente ningún arquitecto había dibujado la maqueta. Era sin duda obra de un mecánico artista... o bien de un loco.

Hasta entonces ningún extraño había penetrado en la mansión de la ciencia, donde un genio, un brujo moderno, arrancó a la naturaleza tantos secretos, que sus descubrimientos iban a cambiar la vida humana.

Necio hubiera sido seguir ocultándolo... Clara se confesaba extrañamente emocionada... Aquel hombre que no supo interesarla en vida con sus pueriles declaraciones de amor más que levemente, se había apoderado ahora de todos sus sentidos.

Subió por una escalera diminuta. En la parte alta, un fulgor extraño brillaba intensamente... Como atraída por él, «La Inhumana» avanzaba,

avanzaba sin volver la cabeza... Cuando lo hizo, se encontró sola. Su acompañante había desaparecido. Tuvo un momento de indecisión, retrocedió unos pasos, pero en aquel instante describióse



...En el fondo, iluminado por un rayo de luz blanquísima, destacábase sobre un mármol un cadáver envuelto en albo sudario.

una cortina negra y apareció una sala inmensa. El piso relucía como un espejo. Era de mármol negro... Clara avanzó... A sus espaldas corrióse una persiana de hierro que recubrió rápidamente un damasco rojo... «La Inhumana» se encontraba

como encerrada en aquella estancia misteriosa. Retroceder era ya imposible. Su corazón palpitaba con violencia... Nunca había experimentado semejante emoción...

En el fondo de la estancia franqueóse, como abierta por invisibles manos, una puerta, y el sonido estridente de un *Jazz Band* rasgó el espacio y martilleó su cabeza la misma música que ejecutarán sus músicos mientras Einar le declaraba su amor...

Y la atmósfera torturante, la música infernal, el ambiente todo, la tenían como encantada... embrujada...

Y echóse a correr... Clara Lescot, la cínica, huía como una loca sin saber adónde... de sus propios recuerdos... de ella misma...

Franqueó la enorme puerta. Una luz rojiza alumbraba la indefinible estancia... En el fondo, iluminado por un rayo de luz blanquísima, destacábase sobre un mármol un cadáver envuelto en albo sudario.

Se acercó a él, sudoroso el rostro, temblándole el cuerpo... Era el cadáver de Einar Norsen... ¡Y la «inaccesible a sensación alguna» vivió momentos de intensa emoción y sintió el picotazo del más acerbo dolor!!

La figura de Einar Norsen se le aparecía en su



La figura de Einar Norsen se le aparecía en su mente febril, terriblemente mutilada...

mente febril terriblemente mutilada... No osaba acercarse... Por fin cayó de rodillas a sus pies y, besando el sudario, sintióse estremecer... En el colmo ya de la resistencia de sus nervios de acero, la que se vanagloriaba de no haber llorado nunca experimentó una pena inmensa, y asomó a sus ojos el llanto... triste tributo HUMANO a los infinitos pesares...

—¡Einar... Einar... te amo... te hubiera amado tanto!—balbucía la infeliz sollozando.

Y besaba con frenesí aquel sudario... y en su desesperación, vencida la repugnancia, disponíase a contemplar el rostro del desventurado, cuando la sangre helósele de pronto en las venas.

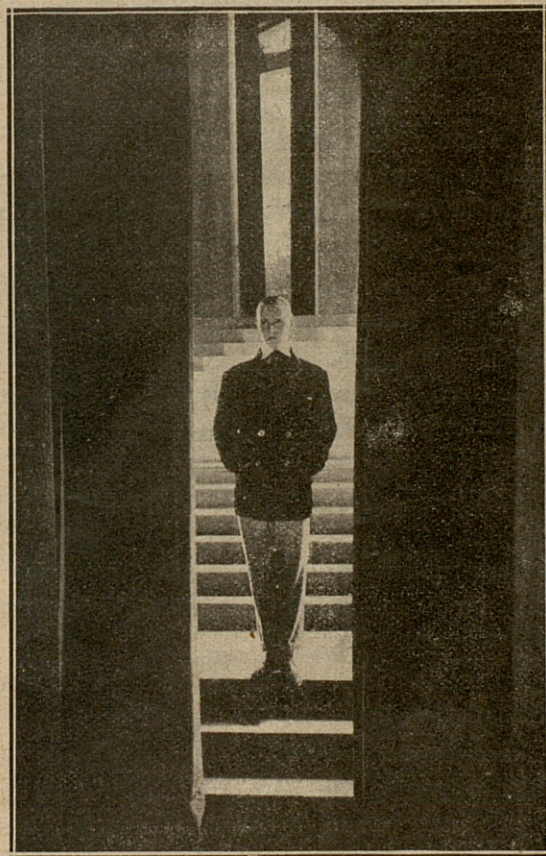
—¡Clara Lescot!!

Gritó la voz de Einar Norsen.

Volvióse como movida por un resorte. Dos cortinas altas como las paredes habíanse, corrido dejando ver una amplia escalera de mármol rojo. Un torrente de luz verde lo iluminaba todo. En el centro, de pie, vestido con un elegantísimo batín de terciopelo negro, había un hombre... Era Einar.

Sus miradas se sostuvieron fija la una en la otra, largo rato... Cada uno de ellos leía diáfananamente en el alma del otro...

Pero Clara se repuso prontamente. Einar pudo observar cómo un velo ensombrecía la transparen-



En el centro, de pie, vestido con un elegantísimo batín de terciopelo negro, había un hombre...

cia de sus ojos. De nuevo dejaba de ser mujer para volver a ser «La Inhumana».

Levantándose súbitamente, la artista corrió hacia Einar y le dijo con voz casi amenazadora:

—¿Me toma usted por una niña, Norsen?

Einar no se inmutó. Acabó de bajar la escalera y, cerrando la cortina tras sí, acercóse a su vez, diciendo:

—La tomo a usted por una mujer extraordinaria a la que es necesario dominar con emociones también extraordinarias.

Clara tuvo un gesto indescriptible de altiva protesta. Entonces los ojos del ingeniero centellearon, y él repitió:

—¡Sí, Clara... DOMINAR!

—¡Oh!...

—¡Declare que aquel «niño» la hizo vivir momentos cuya intensidad emotiva no se hubiera atrevido a imaginar!

—¡No es su triunfo el de un genio, sino el de un mixtificador!

—Terminemos... Usted se atrevió a despreciar mi talento y yo he de demostrarle, mal que le pese, que vale más que el de usted... Y como yo soy el hombre y usted la mujer, y la quiero, ¡es fuerza que se someta a mi voluntad!

Estas palabras las pronunció con energía tal,

que Clara le miró maravillada. Einar tenía sus ojos clavados en los suyos, dilatadas las narices, reducida la boca finísima, aureolada la frente... Estaba admirable como un dios pagano... Y ella le miraba como no había mirado en su vida.

Y entonces el hombre de cerebro poderoso dispúsose a hacer desfilar ante la artista las concepciones de su talento.

Tomóla de la mano y penetraron en un laboratorio.

Intentar describirlo fuera empresa vana. Péndulos enormes, efectos de luces misteriosas, aparatos gigantescos, máquinas colosales, microscopios, retortas... y todo ello surgiendo de un fondo francamente cubista, pero de un cubismo vistoso... Clara lo contemplaba todo como atontada... En todas partes, grandes cartelones anunciaban:

«Peligro de muerte.»

Einar movíase por entre toda la balumba de cosas misteriosas con la familiaridad más desconcertante para ella, que le miraba y miraba los aparatos, y nuevamente a él.

El ingeniero se detuvo de pronto. Aquel laboratorio inmenso aparecía en reposo. Sólo los péndulos balancéabanse sin cesar. La tomó ambas manos y la dijo, mirándola fijamente:

—Reconozco que hubo en parte mixtificación... Sin embargo...

Se detuvo unos instantes.

—Usted tuvo la culpa con sus torpes bravatas —añadió.—Le juro que salí de su casa dispuesto a quitarme la vida... Pero al borde del abismo, en un instante de lucidez, recordé sus palabras provocativas...

Y clavando los ojos en el infinito, balbució:

«Muy poco ha de valer esta existencia suya cuando en tan poco la aprecia.»

Sus ojos se cerraron y apretó las mandíbulas como quien trata de hacerse fuerte contra el dolor... Cuando volvió a abrirlos, brillaba en sus pupilas el fuego del orgullo herido, y dijo con vehemencia:

—¡Y mi vida vale mucho, Clara Lescot!... Comprendí que la mujer que ambicionaba caería en mis brazos no bien me entretuviera en buscar algo extraño, *aunque fuera pueril*, para hacerla descender del orgulloso pedestal en que ella misma se había colocado... Y simulé el accidente... Empujé mi coche al abismo, mientras yo desaparecía como un loco entre las sombras... y regresé aquí, tambaleándome como un beodo y sufriendo lo que difícilmente conseguiría usted imaginar.

Clara adoptó una actitud de desafío y le miró



—Reconozco que hubo en parte mixtificación... Sin embargo...

intentando dar a sus miradas un rencor que estaba muy lejos de sentir.

—Y... ¿eso es lo que había de admirarme?... ¿de reducirme?... ¿No sabe usted algo más... que engañar a las gentes?—preguntó.

—Por de pronto sé que está usted aquí... un sitio que no había querido visitar nunca...

—Y... ¿nada más?

—Sí.

—¿Y es?...

—Anunció usted un viaje... pidió *algo extraordinario* que nadie le pudo ofrecer... Yo lo tenía aquí, a mi alcance... ¡Tuve la debilidad de creer que hallaría usted hoy mucho más extraordinario un amor sincero que unas cuantas novedades!... ¡¡Me equivoqué!!...

Clara se mordió los labios. Einar, aureolado el rostro por el rojo de la vehemencia, continuó implacable:

—Debí ofrecerle primero algunos juguetes mecánicos que maravillarán a la humanidad... ¡Pero como usted se vanagloriaba de «INHUMANA»!...

Y sonrió con desdén. Ella sintió como si recibiera un latigazo en pleno rostro. Volvió a ser por unos instantes la mujer de siempre y contestó rápida, con voz casi estridente:

—¡No acepto lecciones de nadie, Norsen!... La

farsa no ha estado mal, pero su... *interés* no evitará el que salga para el viaje que ya anuncié.

Einar le tomó una mano y se la retuvo con fuerza, diciendo:

—¡Usted no se irá!... En este laboratorio hay *algo extraordinario* que la hará desistir de su viaje.

—Habla usted como jamás hombre alguno lo hizo ante mí...—dijo a su vez «La Inhumana», sintiendo la influencia de las palabras de su interlocutor... Vaya con tiento. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso...

—Yo he destruido el tiempo y el espacio—continuó Einar brillando con fulgores de iluminado—En mis laboratorios se olvidará usted de todo...

Echaron a andar. Después de una pieza misteriosa, otra más extraña y grandiosa todavía. Por todas partes aparatos raros y complicaciones de ciencia y de arte exquisito.

Clara, acompañada del ingeniero, lo miraba todo como arrobada. De vez en cuando levantaba sus ojos hasta los del joven, y sentía que su cuerpo se estremecía como el de una adolescente...

—¡Cuidado!...—exclamó Einar de pronto, viendo que ella se aproximaba a un aparato—...Estas máquinas que califiqué de juguetes son peligrosas!

Habían penetrado en una estancia donde, como en la anterior, por todas partes se veían grandes

cartelones que prevenían sentenciosamente: «Peligro de muerte»...

Clara estaba decididamente subyugada...

—Debo preparar mis aparatos... *Inhumana*.

—¡Oh... no diga usted eso!...

—Mañana, aquí mismo. Einar Norsen, el que en amor no admite ni ficciones ni extravagancias morbosas, le ofrecerá un curioso espectáculo... algo extraordinario.

Se despidieron... Einar le besó apasionadamente la mano... mano que ella no retiró.

LA ESPERA

No era, ciertamente, Djorah hombre para detenerse ante una incógnita. Les había espiado. Estaba al corriente de todo: de la «resurrección» de Einar y de la visita de «La Inhumana». Y decidióse a hablar con Clara. Poco después, mientras la artista se extasiaba deslumbrada ante el genio de un hombre, Djorah llegaba a su casa.

¿Recibir a Djorah?... Ella parecía celosa de sus minutos de soledad, embrujada por Einar, subyugada, pensando en él... rodeado de misterio, radiante de ingenio... como un mago.

Fué en vano que Djorah insistiera... «La Inhumana» en su *boudoir* se negaba obstinadamente a recibirle. No porque fuera él ni otro, sino porque no deseaba distraer su atención en cosas que no provinieran de Einar... sí, de Einar, el hombre que ya amaba con toda la vehemencia de las cerebrales cuando se sienten como los demás seres en el pleno dominio de sus vidas...

Y el siervo que había insistido en nombre de Djorah tres veces, volvió nuevamente al lado de Clara, esta vez llevando una bandeja, sobre la cual encrespábase un papel arrugado febrilmente.

«Que sea usted inaccesible para todos, lo aceptaba. Pero que prefiera a otro, exaspera la paciencia de su devoto,

DJORAH.»

«La Inhumana» leyó aquellas líneas y después arrojó el papel lejos de sí, y apoyando la cabeza entre sus manos de marfil, volvió a ensimismarse, dejando al espíritu libre de volar hacia el hombre que amaba.

Todo el saber humano, capaz de transformar la vida en un cuento de hadas entrevisto en casa de Einar, la atraía con la fuerza de lo imprevisto, de lo extraordinario... como el amor.



Todo el saber humano la atraía con la fuerza de lo imprevisto, de lo extraordinario... como el amor.

EL HECHIZO

A la hora fijada acudió a la mansión del ingeniero, donde hombres extraños como fantasmas trabajaban con raro frenesí...

Nadie salió a recibirla. Las puertas se abrían ante ella como por arte de magia, como si un ojo invisible atisbara todos sus actos, todos sus movimientos. Ella adelantaba con la sonrisa en los labios, la intriga en el corazón.

Inesperadamente se quedó a oscuras. Y de súbito se iluminó ante ella una pantalla cinematográfica en la que fueron proyectadas estas palabras:

«EL MUNDO ENTERO ESTA AQUI!»

Poco después, un chorro de luz violácea deshacía las tinieblas. La pantalla había desaparecido. Einar Norsen se encontraba allí. Se estrecharon la mano con efusión. Los ojos del audaz ingeniero brillaban como los del sacerdote ante el altar de su dios.

De nuevo se hizo la obscuridad, y en la pantalla, que volvió a aparecer como por encanto, pudo leerse la frase siguiente:

«VIAJE POR T. S. H.»

Pasaron a otra estancia donde imperaba una semiobscuridad confidencial.

—Viajar... cantar ante públicos diversos... muy bello es para una artista... pero... ¡qué incómodo! Encajonarse en un vagón más o menos confortable. No gozar del paisaje sino a través de una ventanilla exigua, entre puentes de hierro y túneles interminables saturados de humo...

Ella sonreía... Einar tenía razón.

—En cambio, merced al aparato que acabo de inventar—prosiguió—puede usted cantar desde un punto fijo... Y su voz, en alas de mis ondas, se pagará por el mundo entero... y al propio tiempo

podrá contemplar el efecto que sus cadencias producen en los lejanos auditores, por reflexión televisora.

—¡Oh... eso sería sencillamente sublime!... ¡¡Usted habla de algo imposible de realizar!!...

Por la mente subyugada de «La Inhumana» sólo vagaban ya las creaciones de aquel brujo moderno. Sentía locos deseos de comprobar lo que Einar le ofrecía, e inútilmente trataba de ahogar la curiosidad que sentía.

—Dispongo de pocos minutos para sus experimentos... Esta noche tengo función.

—Ya le dije que he destruído el tiempo y el espacio—la interrumpió él.—Sobre la pantalla de televisión, mientras cante ante el micrófono verá aparecer a los que la escuchan desde los más alejados puntos de la tierra.

Y pasaron a un gabinete de experimentos. Sobre una mesa llena de hilos eléctricos, conmutadores y otros artefactos, levantábase un micrófono, como una trompetilla. Al fondo veíase una pantalla cinematográfica que tenía un aspecto completamente distinto en la constitución de la tela. Parecía de cristal, y su transparencia permitía distinguir una trama metálica.

Clara quitóse los guantes y el sombrero, y, situándose ante el micrófono, dispúsose a cantar.

La que había cantado impertérrita ante públicos exigentes y afrontado con serenidad las iras del monstruo de mil cabezas, sintió por vez primera que su voz cálida temblaba, dulcemente agitada por la emoción.

No bien emitió las primeras notas, Einar, dando vueltas a un conmutador gigantesco, sumió la estancia en una pálida luz verduzca. Y luego, lentamente, la pantalla se fué iluminando... Y apareció una rica sala oriental, en la que unos cuantos árabes gravemente sentados ante un *haut parleur*, escuchaban arrobados, dando señales de la mayor satisfacción.

Y ella cantaba... y cantaba... como nunca lo había hecho.

Einar dió vuelta a una manivela. En la pantalla se produjo cierta confusión de imágenes, y en seguida apareció una mujer de raza negra, medio desnuda, sólo cubierta con una corta falda de pajas, la cual, con una bocina semejante a la de los gramófonos, pero más reducida, entre las manos, daba muestras del más infantil alborozo. Miraba dentro de la bocina, escudriñaba en ella, aplicaba el oído y reía como una loca.

—Es una senegalesa—interrumpió Einar en voz baja;—la oye a usted a cuatro mil kilómetros de distancia.

Se le acercó un hombre vestido a la europea,

riendo, y la quitó la bocina y se puso a escuchar a su vez.

Después mostróse en la pantalla un hombre en un automóvil. Llevaba puestos en la cabeza dos auriculares, tenía los ojos cerrados, y mientras su mecánico imprimía a su coche grandes velocidades, parecía recrearse con las dulces melodías que escuchaba... Y seguidamente, en el interior de un vagón de ferrocarril, vióse a otro hombre escuchando del mismo modo, y Clara vivió momentos que nadie se atrevió a concebir... Y viajaba sin moverse a través del espacio abolido... como un espíritu... como un ángel incorpóreo... Y su voz propagábase a millares de oyentes, que la escuchaban extasiados.

La velocidad, la distancia, el espacio... Nada. ¡La artista, por obra y gracia del genio, era oída por todos cuantos lo deseaban!

Einar maniobró nuevamente, y en la pantalla se hizo la obscuridad... Lentamente fué apareciendo una joven... Era la pequeña granjera amiga de Clara, una pobre enfermita a la que acechaba la muerte. Estaba sentada ante una mesa sobre la cual había un «difusor»... Escuchaba con avidez y nada oía... De vez en cuando tosía violentamente, y su madre entonces la tomaba en sus brazos infundiéndole ánimos.

Al reconocerla, la artista había cortado la alegre canción que entonaba... Harto comprendía

que merced a «su» brujo estaba destinada a sublimizar las horas tétricas en la mansión del dolor... Y con voz divina empezó a cantar una melodía de tan sutil cadencia, que ella misma, emocionándose por momentos, hacía salir por su boca los destellos de su alma... La moribunda pareció reanimarse al escucharla... y con los ojos fijos en la lejanía, como transfigurada, parecía soñar... De pronto su mirada tornóse vidriosa... Tosió con frenesí... De su boca salieron unos hilillos de sangre... Levantóse. Dió algunos pasos... Y rodó por el suelo pesadamente, arrastrando a su vieja madre deshecha en llanto.

La imagen desapareció de la pantalla. Clara y Einar se miraron de un modo indefinible. La artista tenía los ojos desbordantes de lágrimas. El genio también. Acercóse a ella y, tomándole la mano, le dijo con temblorosa voz:

—¡Todo lo he podido esclavizar... menos la muerte!... Pero hemos consolado a un agonizante mientras se debatía entre sus garras invencibles.

—¡Oh, Einar... Einar!... Tu ciencia es avasalladora y tu alma grandiosa es la del genio... del artista... del poeta sublime...

Y cayeron uno en brazos de otro. Sus labios ya iban a juntarse, cuando la pantalla iluminóse por sí misma y en ella apareció la fachada de «Los

Campos Elíseos». El público apretujábase para entrar...

Clara dió un grito:

—¡Einar!... ¿qué es eso?... ¡Mi función!

En el antro del mago, ella había perdido la noción del tiempo.

Eran las nueve. Clara púsose el sombrero y calzóse los guantes apresuradamente.

Al retirarse, pasaron delante de un artefacto enorme que daba vueltas muy lentamente.

—Dime, brujo-poeta... y aquel aparato tan raro... ¿qué es?

—Es una máquina productora de energías nuevas, tan gigantes, que sus resultados son de una potencialidad insospechada... pero aun no he conseguido adueñarme de ellas... encauzarlas debidamente... Es mi obsesión... mi fracaso...

Su frente se ensombreció. Clara le estrechó la mano con afecto, como si quisiera infundirle aliento.

—Merced a él—continuó—espero poder reanimar los movimientos del corazón. ¡Vencer la muerte!... Hasta ahora sólo he conseguido resultados parciales sobre seres fuertemente narcotizados...

La artista acercóse a la máquina, y Einar la apartó con violencia, exclamando:

—¡Cuidado... la máquina que probablemente dará la vida... ocasiona la muerte desde aquí!

Ella le miraba con unción, admirada.

—Einar—dijo,—esta noche, después del concierto, volveré... ¡Quiero ver funcionar este aparato!

—¡Esperaré!

Y se separaron besándose con la mirada.

EL ATENTADO

Cuando, al salir de los laboratorios de Einar, Clara se dispuso a entrar en su automóvil, vióse desagradablemente sorprendida por la presión que ejercía sobre su muñeca una mano brutal.

Era Djorah que, apostado en las cercanías, había acechado su salida.

—¡Le prohibo terminantemente que vuelva a poner los pies en esta casa!—le gritó con voz terrible.

Repuesta de su sorpresa, la artista lo miró fija-

mente... y Djorah la dejó partir, consumido por el odio y la ira más terribles.

. ;

Terminado el concierto, Clara, palpitante de emoción, dispúsose a trasladarse a los laboratorios de Einar. En los pasillos del teatro encontróse nuevamente con Djorah. El indio tenía un aspecto temible. Borrado el barniz de civilización que imprimía a su aspecto la suprema elegancia, Djorah, con los ojos inyectados de sangre, los labios contraídos y los puños cerrados, sentía despertar dentro de sí el salvaje que anidaba en él a pesar de su educación europea.

Plantóse delante de ella interceptándole el paso y diciendo con acento amenazador:

—¡He dicho que no quiero que vaya usted al laboratorio de Norsen!... ¡Y estoy acostumbrado a que millones de seres me obedezcan!!

Ella intentó forzar el paso que se le obstruía tan arbitrariamente. Djorah la sujetó entonces con sus brazos.

—¡Cuidado—le gritó—; no sabe usted hasta donde llega mi poder!...

Sin contestar, Clara pudo desprenderse de sus garras, y echando a correr subió a su automóvil.

En su interior había una *corbeille* gigantesca...



— ¡He dicho que no quiero que vaya usted al laboratorio de Norsen!

El *chauffeur* aun no se encontraba en su asiento. Vino corriendo y lo ocupó seguidamente. Ella le telefonó:

— ¡A los laboratorios Norsen!

Y el coche tomó una marcha vertiginosa.

Entre las flores destacábase un papel... y sobre él había escrito:

«De parte de Einar.»

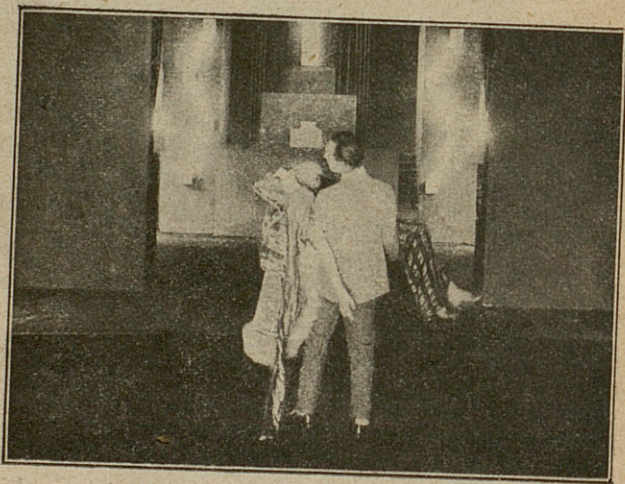
Sonrió halagada por el delicado e inesperado obsequio... Pero sentíase intranquila; el coche corría de un modo inacostumbrado.

Asomó la cabeza por entre las flores a fin de embriagarse con su perfume... dió un grito y se echó atrás con prontitud. En su brazo podía verse un hilillo de sangre...

Un temible reptil había sido colocado entre las flores... Y aun había otra cosa muchísimo más amenazadora, que la artista no podía observar. El que empuñaba el volante era el propio Djorah, que compró su puesto a peso de oro. El cambio de personas, la colocación del ramo y del reptil habíanse efectuado con tal rapidez y acierto que nadie pudo sorprender las maquinaciones del príncipe, favorecido desde luego por las sombras de la noche.

Cuando se dió cuenta de que estaba herida, empezó a gritar y a golpear el cristal delantero para que el automóvil se detuviera. Pero Djorah, lejos de hacerle caso, aceleraba más y más...

La desventurada no sabía cómo explicarse el mutismo de su *chauffeur*, otras veces tan atento y solícito... Intentó abrir la puertecilla para arrojar al exterior y retrocedió espantada por la ve-



El ingeniero entró precipitadamente en sus laboratorios para socorrer a la querida de su corazón.

locidad... Debatíose unos instantes en el fondo del coche... Luego perdió el conocimiento y quedó inmóvil.

Poco después llegaban ante los laboratorios de Einar. Este, impaciente, había salido al exterior y,

en cuanto vió llegar el automóvil, corrió hacia él. Detúvose el coche. El *chauffeur* abrió la portezuela. Viendo Einar que Clara no descendía, asomóse al interior del coche y, tomando a la artista en sus brazos, la sacó del «auto». En aquel mismo instante partió el automóvil. No había tiempo para reflexionar. El ingeniero entró precipitadamente en sus laboratorios para socorrer a la querida de su corazón tan misteriosamente aletargada.

La depositó en una plataforma de extraño material. Clara parecía muerta. Por su brazo desnudo corría el hilillo de sangre. Einar comprendió que vivía, auscultó su corazón... ¡Aun palpitaba!...

—Clara... ¡Mi Clara!—murmuraba el joven acariciándola con ternura...

De pronto su mente ensombrecióse. Sus ojos claváronse en un punto indefinido del espacio...

¿Podría salvarla aplicándole las fuerzas gigantes de su último invento?... Nunca había efectuado la gran experiencia en ningún ser humano... ¿Y había de ser ella la primera?!

Einar no estaba seguro de sí mismo para tan magna empresa... Y pulsaba a la paciente, y trataba de cerciorarse de la posibilidad del éxito, y más aún de la ausencia de peligro.

Tenía casi la seguridad de triunfar de aquel simple letargo producido por un envenenamiento de poco rápidos efectos. Claro que el peligro de la

experiencia era enorme... Bastaba el más leve descuido, la menor imperfección, para que las intensas corrientes eléctricas que iban a cruzar aquel cuerpo amado paralizaran para siempre su corazón... Y a esta idea terrible, el genio se desesperaba y maldecía su torpeza...

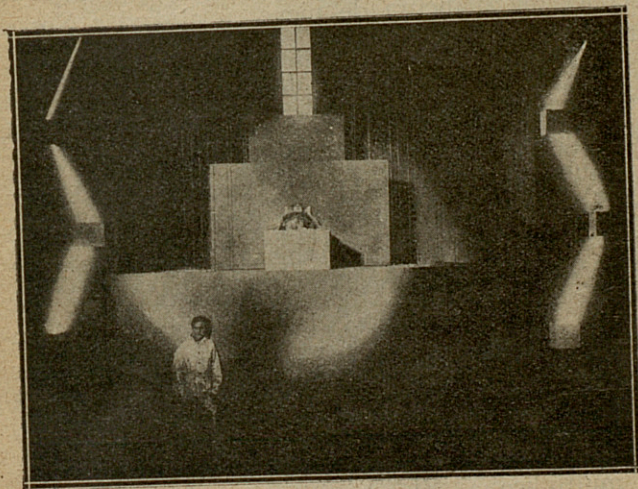
En tal estado de excitación, comprendió que no podía hacer nada, pues necesitaba de toda su serenidad. Entonces fué cuando Norsen dió la mayor prueba del dominio que tenía sobre sí mismo. Cerró los párpados unos instantes, los músculos de su rostro contrajéronse... Y sereno, dueño en absoluto de sus nervios de acero, auscultó por última vez a su adorada, la colocó convenientemente en la plataforma... y, descendiendo rápidamente unas escaleras laterales, desapareció.

La estancia en que se hallaba la paciente era quizá la más extraña de aquellos misteriosos laboratorios. En el fondo elevábase como un altar de mármol blanco, en el centro del cual se hallaba la plataforma con el cuerpo de la artista.

A entrambos lados, unos tubos de mercurio en zig-zag lo iluminaban todo de un color violáceo brillantísimo. Reinaba allí el mayor silencio. No parecía aquel lugar sino una absurda capilla ardiente que un amante loco ofreciera al cadáver de la mujer amada.

Salgamos de este recinto donde reina el silencio

y parecen revolotear presagios funestos... Entre- mos luego, después de atravesar por una especie de tubo por el cual sólo un hombre que no sea muy alto puede pasar erguido, en el amplio laboratorio



No parecía aquel lugar sino una absurda capilla ardiente que un amante loco ofreciera al cadáver de la mujer amada.

que ya conocemos y en el cual Clara admiróse ante el estrafalario aparato que tanta curiosidad había demostrado por ver funcionar, sin sospechar que ella había de ser la protagonista de aquel mismo funcionamiento.

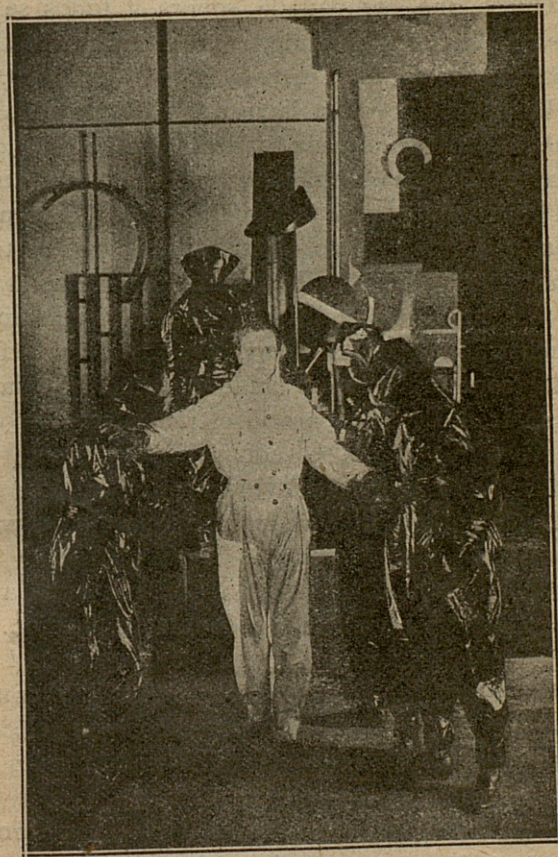
Allí se encontraba Einar. Vestía un traje de rara forma que le cubría desde los pies hasta el cuello. La tela parecía confeccionada con materiales desconocidos. Brillaba como si estuviera mojada. Si se parecía a algo, era ciertamente al caucho. Tenía una blancura de nieve, y al andar Norsen crujía como la seda.

Varios hombres le rodeaban, vestidos como él, pero de negro, y además cubrían sus cabezas con unas capuchas de la misma tela.

Aquellos seres parecían los gnomos, los brujos, los misteriosos protagonistas de una de esas reuniones fantásticas que hubieran sido perseguidos en la antigüedad por «hacer magia».

Tras breves instantes de concentración, el ingeniero empezó a dar órdenes rápidas y precisas. Sus ayudantes corrieron cada uno a su puesto, y el laboratorio palpitó de actividad desbordante.

Einar, con un aparato protector ante los ojos, se multiplicaba. El edificio todo parecía temblar desde sus propios cimientos. Gruesas descargas eléctricas se cruzaban en el espacio, y los discos enormes del aparato gigante daban vueltas y más vueltas temblando de energía... Todo era dinamismo, movimiento, fiebre... Los demás hombres se trasladaban de un punto a otro con una disciplina y precisión desconcertantes... Aquello era una escena imposible de describir.



Varios hombres le rodeaban, vestidos como él, pero de negro...

Oyóse una campanada sonora y todos se detuvieron. Einar desprendióse presurosamente de sus aparatos protectores y voló al lado de Clara...

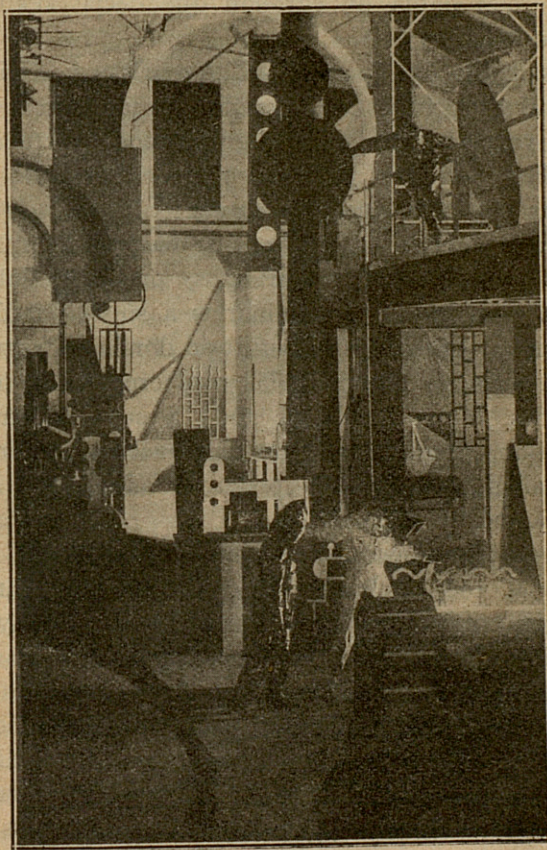
La artista no daba la menor señal de vida, aunque su rostro parecía haberse arrebolado de un suave tinte rosa. Einar sintió una alegría inmensa. Su gran temor era el de haber ocasionado la muerte. Comprobando que no existía tal peligro, su triunfo era seguro. Además, los resultados obtenidos, lejos de ser negativos eran halagüeños, por cuanto se demostraba que las energías surtían sus efectos.

Al contemplarla, no pudo contenerse y la besó en la frente... Ella pareció estremecerse, pero cayó nuevamente en un pesado sopor. Entonces él irguióse y, llegando nuevamente hasta los suyos, volviósles a dar nuevas instrucciones y nuevas órdenes.

—¡Fracasado!—les gritaba.—¡¡Pero aun late el corazón!!... El veneno es de efecto tardío... ¡Ea, cada cual a su puesto!... ¡¡Toda la energía!!

Y ocurrió algo inusitado. El edificio comenzó a balancearse; estruendosas descargas eléctricas cruzáronse en todos los sentidos, mientras los hombres parecían volar por los aires.

Iban de un sitio a otro, colgados del extremo de una cuerda, como péndulos humanos. Einar con su aparato ante los ojos, acechaba impaciente la aguja de un reloj que se agitaba ante él. Sobre



Einar, con un aparato protector ante los ojos, se multiplicaba.

aquel reloj había un cartelón que decía: «Peligro de muerte.»

Los discos del aparato daban vueltas vertiginosamente; los tubos de mercurio alumbraban con luces varias el singular y grandioso espectáculo. Aquellos hombres parecían pigmeos al lado de fuerzas gigantes que forzosamente les habían de destruir. Parecía mentira que manejando manivelas y estableciendo contactos, pudieran gobernarlas a su antojo y dominarlas a su voluntad.

Aquello semejava el laboratorio donde se fraguan los rayos o se combinan las más espantosas tempestades. Y en medio de toda aquella ordenada confusión, Einar parecía un dios aherrojando entre las mallas de su cerebro poderoso las energías que iban a mover un mundo.

De pronto nuevamente sonó la campanada anterior y todo calmóse instantáneamente. Einar, sudoroso, jadeante por el esfuerzo, el ansia y la emoción, corrió hacia la plataforma sobre la que descansaba el cuerpo de la que tanto amaba.

Acercóse a ella y la observó con indecible angustia... Pero sus ojos animáronse y sus labios dibujaron la sonrisa del triunfo, de la alegría más franca y grandiosa. Clara se había movido, sus labios tenían el tinte rojo que tan apetitosos los hacía, respiraba apaciblemente... Al fin abrió los ojos, los posó en los inteligentes de su amado y sonrió...

Por la diminuta herida salía a borbotones un hilo de sangre negruzca... Einar la cuidaba afanosamente, y pronto aquel líquido vino seguido de otro de un rojo vivísimo y sano. Entonces Norsen restañó la herida y la vendó cuidadosamente. Luego se sentó al lado de Clara...

—¡Gracias, Einar mío!...—le susurró ella quedamente al oído—...te amo... te amo...

—¡Clara de mi alma!

Y la abrazó con ternura. Y «La Inhumana» vibró como todas las mujeres al sentirse entre los brazos del hombre amado, y con voz dulcísima prosiguió:

—Me devolviste la vida... como un dios...

A estas palabras, Einar tuvo un gesto de desagrado y protesta:

—No, Clara—dijo con desaliento, bajando la cabeza como un culpable.—No te di la vida... Me convencí, por el contrario, de la imposibilidad de conseguir mi ideal...

Ella miraba sin comprenderle. El continuó:

—Un simple letargo producido por un reciente envenenamiento, casi no lo pude vencer...

Clara sonrió de un modo inefable. Sentía en su interior algo que nunca había experimentado. Se sentía MUJER. La cerebral que envolvía a la artista y que se vanagloriaba de que la llamasen «La Inhumana» había dejado el paso franco a una mu-

jer todo corazón, que antes que pensar, sentía.

—¡Oh, Einar mío!—le dijo de un modo inefable —
...la vida sólo puede darla Dios... El, bendiciendo
nuestra unión... la unión sublime de dos seres...

—¡Clara de mi alma!...

—...te permitirá... crear... la vida.

La emoción dió fin a sus palabras... Sus ojos
perdiéronse en el abismo insondable de la inteli-
gencia del hombre amado... Sintió como una trans-
figuración sublime... ¡¡Era el triunfo esplendente y
grandioso del amor sobre las concepciones de los
seres demasiado favorecidos por la gloria y la for-
tuna!...

Bensa

FIN

ÉXITO SIN PRECEDENTES

OBTIENE LA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

LIBROS PUBLICADOS

Ferragus (Los trece)

El pago que dan los hijos

Bajo las garras del oro

El Escándalo

La Inhumana

Precio de cada libro : UNA PESETA

EN PRENSA :

LA BARRACA DE LOS MONSTRUOS

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

es la simpática publicación aprobada
unánimemente por las selectas nove-
litas que ofrece para todos los gustos

NÚMEROS PUBLICADOS

1, No hay juegos con el amor, 6 edic.—2, El Valle Florido, 3 edic.—3, Amor de madre, 3 edic.—4, La Virgen de las Rosas, 3 edic.—5, La culpa ajena, 3 edic.—6, De hombre a hombre, 3 edic.—7, Una mujer, 3 edic.—8, Pesadillas y supersticiones (extra), 3 edic.—9, Desinterés, 3 edic.—10, El Hábito, 3 edic.—11, Jimmy Sansom, 3 edic.—12, La primera novia, 3 edic.—13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 edic.—14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic.—15, La Tormenta, 3 edic.—16, Flor de amor, 3 edic.—17, La Pantera Negra, 3 edic.—18, Bajo dos banderas, 3 edic.—19, Corazón de lobo, 3 edic.—20, Sueños juveniles, 3 edic.—21, El mundo y la mujer, 3 edic.—22, Corazones humanos, 3 edic.—23, El premio gordo, 3 edic.—24, La desconocida, 3 edic.—25, Robin de los bosques (extra), 3 edic.—26, La Verdad Desnuda, 3 edic.—27, El octavo no mentir, 3 edic.—28, Cleo la francesita, 3 edic.—29, La hija del pasado, 3 edic.—30, La chica del taxi, 3 edic.—31, La hija de los traperos, 3 edic.—32, El príncipe escultor, 3 edic.—33, Llovido del cielo, 3 edic.—34, Mujeres frívolas, 3 edic.—35, Al calor del hogar, 3 edic.—36, Sapho, 3 edic.—37, Directo de París, 3 edic.—38, Lo que vale una mujer, 3 edic.—39, El Valle de los Gigantes, 3 edic.—40, La sombra del padre, 3 edic.—41, Madame Morland (extra), 3 edic.—42, Un juego peligroso.—43, De mal agüero.—44, Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic.—45, El delincuente.—46, La hija del Arrabal.—47 El rancho del oro, 3 edic.—48, El falsario.—49, De los confines de silencioso Norte.—50, Entre hielos.—51, La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic.—52, El precio de la belleza.—53, Contra viento y marca, 2 edic.—54, No me olvides, 2 edic.—55, En los jardines de Murcia (María del Carmen).—56, Sacrificio de amor.—57, Eugenia Grandet, 2 edic.—58, La Bohème (extra), 3 edic.—59, ¡Pobre Violeta!—60, Realidades de la vida.—61, ¡Estaba

escrito!—62, Las dos huérfanas, 4 edic.—63, El pescador de perlas.—64, La sin ventura (extra), 3 edic.—NÚMERO ALMANAQUE.—65, La pequeña parroquia.—66, Frou-Frou.—67, La Famosa señora de Fair.—68, La apuesta sensacional.—69, El Secreto del Polichinela (extra).—70, La Quinta Avenida.—71, El duodécimo mandamiento.—72, Maruxa.—73, La hija del Nuevo Rico.—74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra).—75, Relámpago.—76, La Dolores.—77, Como la arena.—78, La cuna vacía.—79, El encanto de Nueva York.—80, Borrascoso amanecer (extra).—81, Rosario la Cortijera.—82, La película sin título.—83, Una mujer como otra cualquiera.—84, Todos los hermanos fueron valientes.—85, La batalla (extra).—86, Espejos del Alma.—87, Gloria fatal.—88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO.—89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS.—90, El muchacho de París.—91, Las sentencias del Destino, (extra).—92, Redención.—93, Alma de Dios.—94, La señorita del pelo corto.—95, Las hijas de los hombres ricos.—96, El novelista y su esposa (extra).—97, La puerta cerrada.—98, Una pobre maniquí.—99, A todo trance.—100, ¿Por qué tanta prisa?—101, La Casa de la Selva (extra).—102, La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ÁNGEL GUIMER).—103, En busca de la felicidad.—104, El buen camino.—105, Amor de árabe.—106, El puñao de rosas.—107, El Milagro (extra).—108, Risas y lágrimas.—109, El Nido de Amor.—110, La venganza de una hermosa.—111, Juez de sí mismo.—112, El caballero sin tacha (extra).—113, I Pagliacci.—114, La isla maldita.—115, Domador por amor.—116, Fruta prohibida.—117, Veredicto de inculpabilidad (extra).—118, Calvario de amor. El Ladrón de Bagdad (ESPECIAL).—119, El arte de ser distinguida y encantadora.—120, La dama de las Camelias.—121, El Murciélago.—122, El sargento O'Malley.—123, Respetad a la mujer (extra).—124, La muñequita de Francia.—125, El amigo de su marido.—126, Lo que toda mujer sabe.—127, El capricho de una dama.—128, Canción de amor (extra).—129, La mariposa que se quemó las alas.—130, Pecado de juventud.—131, Scaramouche

POSTAL - FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks.—2, Mary Pickford.—3, Charles Chaplin.—4, Perla Blanca.—5, Antonio Moreno.—6, Priscilla Dean.—7, Eddie Polo.—8, Mary-Douglas.—9, Francesca Bertin.—10, Harold Lloyd.—11, Constance Talmadge.—12, Franck Mayo.—13, Marie Prevost.—14, Ben Turpin.—15, Pina Menichelli.—16, Livio Pavanelli.—17, Norma Talmadge.—18, Tom Mix.—

19, Gladys Walton.—20, Aimé Simon Girard.—21, June Caprice.—22, Sessue Hayakawa.—23, Alice Brady.—24, Georges Biscot.—25, Hesperia.—26, Harry Carey.—27, Mary Miles Minter.—28, Charles Ray.—29, Ruth Roland, 30.—William Duncan.—31, Pola Negri.—32, Wallace Reid.—33, Elena Makowska.—34, Jorge Walsh.—35, Viola Dana.—36, Camilo de Riso.—37, Alice Terry.—38, Hoof Gibson.—39, Clara Kimball Young.—40, Lee Moran.—41, Maria Jacobini.—42, William S. Hart.—43, Tsuru Aoki.—44, Herbert Rawlinson.—45, Betty Compson.—46, Jackie Coogan.—47, Dorothy Dalton.—48, Larry Semon.—49, Mabel Normand.—50, Gustavo Serena.—51, Marie Dupont.—52, Alberto Capozzi.—53, Leatrice Joy.—54, Charles Hutchison.—55, Gloria Swanson.—56, Rodolfo Valentino.—57, Mary Mac Avoy.—58, Mario Bonnard.—59, Eva May.—60, Milton Sills.—61, Margarit Livingston.—62, Ermete Zacconi.—63, Mae Murray.—64, «Shub» Pollard.—65, Bebé Daniels.—66, William Farnum.—67, Catalina Williams.—68, Alberto Collo.—69, Lillian Gish.—70, Max Linder.—71, Hope Hampton.—72, Thomas Meighan.—73, Mary Philbin.—74, Ramón Navarro.—75, Alla Nazimova.—76, Tullio Carminati.—77, Virginia Valli.—78, Eric Von Stroheim.—79, Ruth Miller.—80, Will Rogers.—81, Jacqueline Logan.—82, Tom Moore.—83, Bessie Love.—84, Wesley Barry.—85, Mme. Robinne.—86, Lon Chaney.—87, Corinne Griffith.—88, Douglas Fairbank (hijo) Polo (Especial).—89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial).—90, Jack Pickford.—91, Italia Almirante Manzini.—92, Douglas Mac-Lean.—93, Mlle. Madys.—94, Johnny Jones.—95, Marguerite de la Motte.—96, Norman Kerry.—97, Elinor Fair.—98, William Russell.—99, Patsy Ruth Miller.—100, Emilio Chione.—101, Marie Orborne.—102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERÁ (especial).—103, Mildred Harrys.—104, Charles de Roche.—105, Enid Bennet.—106, Buddy Messinger.—107, Lois Wilson.—108, Elliot Dexter.—109, Geraldine Farrar.—110, Gareth Hughes.—111, Katherine Mac-Donald.—112, Earle Williams.—113, Ginette Madie.—114, John Baarymore.—115, Louise Lorrage.—116, Febo Mari.—117, Mae Marsh.—118, Alec B Francis Douglas Fairbanks (Especial).—119, Fritz Ridgeway.—120, George Hackethorne.—121, Alma Bennett.—122, House Peters.—123, Bárbara Bedford.—124, Forrest Stanley.—125, Vera Vergani.—126, Monte Blue.—127, Billie Burke.—128, Jack Holt.—129, Dorothy Phillips.—130, Malcolm Mac-Gregor.—131, Ossi Oswalda.

PRECIOS. Números corrientes 25 céntimos
Números extraordinarios . 50 céntimos

COMPRE USTED

EL ESPLÉNDIDO

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un

Lujoso ALBUM

para coleccionar las

POSTALES DEL AÑO 1924

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

LOS HIJOS DE NADIE

La película que no olvidará usted nunca.

EL TRIUNFO DE LA MUJER

de Severin Mars.

EL PRISIONERO DE ZENDA

Alice Terry, Ramón Navarro, Lewis Stone, etc.

EL JOVEN MEDARDUS

Michael Warkony.

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

de V. Blasco Ibáñez.

UNA MUJER DE PARÍS

Edna Purviance.

EL CORSARIO

Amleto Novelli.

PARA TODA LA VIDA

de Jacinto Benavente.

CYRANO DE BERGERAC

de Edmond Rostand.

DE MUJER A MUJER

por Betty Compson.

En prensa: ¡Grandioso acontecimiento!

Precio de cada libro: UNA PESETA



UNA PESETA